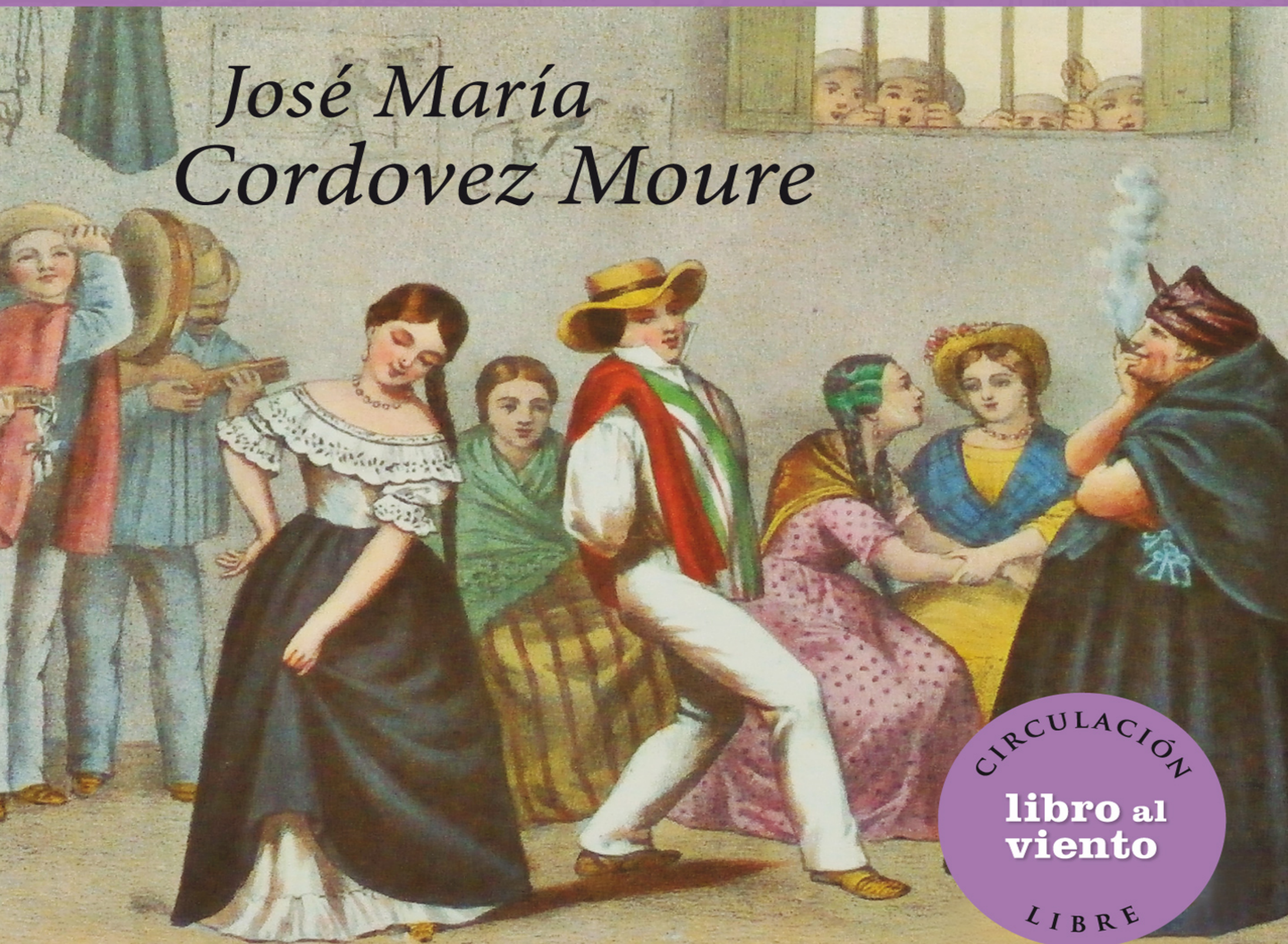
# Bailes, fiestas y espectáculos en Bogotá



*José María Cordovez Moure*




Una campaña de fomento
a la lectura de la Secretaría
de Cultura, Recreación y Deporte
y el Instituto Distrital
de las Artes – Idartes

Este ejemplar de *Libro al Viento* es un
bien público. Después de leerlo permita
que circule entre los demás lectores.



# Bailes, fiestas y espectáculos en Bogotá

*José María*
*Cordovez Moure*

**Alcaldía Mayor de Bogotá**
Enrique Peñalosa Londoño, Alcalde Mayor de Bogotá
María Claudia López Sorzano, Secretaria de Cultura, Recreación y Deporte
**Instituto Distrital de las Artes – Idartes**
Juliana Restrepo Tirado, Directora General
Jaime Cerón Silva, Subdirector de las Artes
Ingrid Liliana Delgado Bohórquez, Subdirectora de Equipamientos Culturales
Liliana Valencia Mejía, Subdirectora Administrativa y Financiera
**Secretaría de Educación del Distrito**
María Victoria Angulo González, Secretaria de Educación
Iván Darío Gómez Castaño, Subsecretario de Calidad y Pertinencia
Germán Arturo Cabrera Sicachá, Director de Preescolar y Básica
Jerónima Sandino Ceballos, Directora de Ciencias, Tecnologías y Medios Educativos
**Cámara Colombiana del Libro**
Enrique González Villa, Presidente Ejecutivo
Pedro Rapoula, Coordinador de Ferias
Sandra Pulido, Gerente Ferias
**Gerencia de Literatura Idartes**
Alejandro Flórez Aguirre, Gerente de Literatura
Mariana Jaramillo Fonseca, Carolina Hernández Latorre, Lucano Tafur Sequera, Ricardo Ruiz Roa, Carlos Ramírez Pérez, Rafael Arturo Berrío Escobar, Equipo del Área de Literatura

Primera edición: Bogotá, Instituto Distrital de Cultura y Turismo, agosto de 2004
De esta, segunda edición, digital: Instituto Distrital de las Artes – Idartes, diciembre de 2016
Imágenes: carátula: detalle de Baile de campesinos. Sabana de Bogotá de Ramón Torres Méndez, 1878; ilustraciones: http://etc.usf.edu

Margarita Valencia Vargas, Asesora editorial de la primera edición
Óscar Pinto Siabatto, Cuidado de esta edición + diseño + diagramación
978-958-8997-15-5, ISBN
eLibros Editorial, Digitalización
Hecho en Colombia

Gerencia de Literatura Idartes
Calle 8 No. 8-52
Teléfono: 3795750
www.idartes.gov.co
contáctenos@idartes.gov.co
@LibroAlViento   Gerencia Literatura Idartes   @Libro_Al_Viento

# Contenido


Cubierta
Libro al Viento
Portada
Créditos

José María Cordovez Moure

Bailes
*Los tiempos de Santafé — El hogar santafereño — Una fiesta de familia — Los preliminares — Las invitaciones a los amigos — Los pormenores de la fiesta — El baile — El ambigú — Las consecuencias*

Espectáculos públicos
*La maroma y los caballitos — Un equilibrista y taumaturgo de 1847 — La equitación y míster Johnson — Un aeronauta célebre: José Antonio Flórez — Sus ascensiones— El prestidigitador Philips*

Fiestas religiosas
*Las costumbres piadosas de Santafé*
*La fiesta del Corpus*
*La fiesta de las octavas*
*Las festividades de la Semana Santa*

La fiesta de los reyes
*Las fiestas en la ermita de Egipto, de Bogotá*

Carnestolendas
*Cómo se celebraban en la iglesia de la Peña, en Santafé*

Las fiestas de toros
*Las de Bogotá hasta 1846 — Las posteriores hasta 1880 — Preparativos — Los fuegos artificiales — Escenas de juego — Las corridas — El encierro — El tigre de 1857 y el doctor Zamarra — Don Zenón Padilla — Las varas de premio — El fin de las fiestas*

José Mª Cardona M.

# José María Cordovez Moure

«Ningún personaje ni suceso grande ni pequeño le resultó extraño»: así define Elisa Mújica la calidad primordial de las crónicas de José María Cordovez Moure, y así define a la vez al personaje. Cordovez Moure nació en Popayán en 1835, de madre caucana y padre chileno, en el seno de una familia de doce infortunadamente empobrecida, circunstancia que obligó a José María a limitarse al papel de testigo. Y en buena hora. Hasta su muerte, en 1918, y a lo largo de los más de cincuenta años como empleado público, nuestro cronista nunca dejó de lado el alborozo, el asombro y la imparcialidad necesarios para dejar testimonio de los hechos más trascendentales (como el golpe de Melo) y de los más cotidianos de un siglo fundamental para la conformación de nuestra identidad. *Reminiscencias de Santafé y Bogotá* (cuya redacción emprendió Cordovez en 1891) sigue siendo hoy tan popular y tan divertido como lo fue en su momento, y su estilo un poco campechano –tan criticado por los puristas de su época– nos permite sumergirnos en la sabrosura de la anécdota sin aprehensiones de ninguna especie.

# Bailes, fiestas y espectáculos en Bogotá

*José María*
*Cordovez Moure*



# BAILES

*Los tiempos de Santafé — El hogar santafereño — Una fiesta de familia — Los preliminares — Las invitaciones a los amigos — Los pormenores de la fiesta — El baile — El ambigú — Las consecuencias*

EN TODOS LOS PAÍSES se conservan ciertos usos y costumbres tradicionales que nada ni nadie pueden reformar, quizá para rendir tributo de piadoso recuerdo a los que nos precedieron en el camino de la vida, en este valle, que, con ser de lágrimas, no deja de tener momentos de goces más o menos puros y tranquilos, que nos arraigan al terruño en que nacimos. Pero, por causas que no podemos explicarnos satisfactoriamente, esta regla universal ha tenido y tiene aún su excepción en la que fue Santafé y hoy se llama Bogotá. Es posible que el carácter pacífico y dócil de los habitantes de esta altiplanicie haya contribuido en mucho para hacer de ellos una especie de materia plástica como la cera, que recibe la impresión de lo último que se le graba, dejando desaparecer la anterior imagen que existía en ella.

Hasta el año de 1849, época en que puede decirse que empezó la transformación política y social de este país, se vivía en plena Colonia. Es cierto que no había Nuevo Reino de Granada, ni virrey, ni oidores; pero si hubiera vuelto alguno de los que emigraron en 1819, después de la batalla de Boyacá, no habría encontrado cambio en la ciudad, fuera de la destrucción de los escudos de las armas reales; la erección de la estatua del Libertador; la prolongación del atrio de la catedral, y la traslación del mono de la pila, con la pila misma, de la Plaza Mayor a la plazuela de San Carlos, para pasar más tarde al Museo Nacional, adonde en definitiva se ha confinado, como objeto arqueológico.

Para llenar el fin que nos hemos propuesto en estos relatos, ensayaremos la comparación de algunos de los actos que más interesan a la sociedad cuando se trata de diversiones, verbigracia, de un baile.

En Santafé se vivía modesta pero *confortablemente*. Las casas eran de un solo piso, en lo general; todas las piezas estaban esteradas, porque el lujo de la alfombra sólo se conocía en las iglesias, en donde aún se conservan

vestigios descoloridos, y de tanto cuerpo, como dicen los comerciantes, que parecen colchones. El mueblaje de las salas no podía ser más modesto: canapés de dos brazos en forma de *S*, sin resortes, y forrados en *filipichín de Murcia* (hoy tripe); mesitas de nogal estilo Luis XV, en que se ponían floreros de yeso bronceado, con frutas que se copiaban de los colores naturales; estatuas de la misma materia; representación de la Noche y el Día, con un candelabro en la mano; cajones de Niño Dios, de Nuestra Señora de los Dolores, o de algún santo, llenos de todas las chucherías y baratijas imaginables; taburetes de cuero con espaldar pintado de colores abigarrados. En los rincones se colocaban pirámides de papayas, que embalsamaban la atmósfera con su aroma, y ahuyentaban las pulgas; vitelas en las paredes (hoy cuadros o láminas) de asuntos mitológicos o episodios de la historia de Hernán Cortés, el descubrimiento del Nuevo Mundo, etc. La araña de cristal suspendida del cielo raso era un lujo que pocos gastaban. Hablamos de la generalidad de las casas, porque, en puridad de verdad, había excepciones; pero las tales cargaban con la responsabilidad, no solidaria, de pagar con las consecuencias de la especialidad que usaban, como más adelante diremos.

En la época a que nos referimos, todo sarao, baile o tertulia tenía, lo mismo que en las comedias, tres partes que podemos calificar así:

1ª preparativos;

2ª ejecución; y

3ª consecuencias;

El cumpleaños de un miembro de la familia, un matrimonio, o el bautizo de un niño se celebraban *oficialmente*, según las proporciones de cada cual, con una fiesta comprendida dentro de las clases enunciadas, esto sin contar las constantes reuniones de *confianza*, o días de recibo, que se celebraban cada semana en las casas de familia que tenían en su seno muchachas festivas y espirituales. Entonces no había garitos ni en las botillerías se vendía brandy o ajenjo (bebidas que se creían buenas solamente para el gaznate de los ingleses); pero, en cambio, nuestros jóvenes pasaban las noches en diversiones honestas, gozaban de inalterable salud y contraían hábitos de cultura y gentileza que hicieron del *cachaco* bogotano un tipo encantador.

Fijado el día para la fiesta, se enviaba con la vieja sirvienta un recado, concebido poco más o menos en los términos siguientes:

> Recado manda a su mercé mi seña Mercedes y mi amo Pedro: que el día de su santo los esperan por la noche con las niñas y niños, sin falta. Que le mande su mercé los canapés, las sillas, los candeleros, los floreros de la sala (a cada familia se le pedía lo que hacía falta, pues, por lo regular, nadie tenía más de lo estrictamente necesario). Que aquí vendrá mi amo Pedro a convidarlos, y que manden las niñas para que les ayuden.

Si el baile tenía mayores proporciones de las ordinarias, la ciudad tomaba el aspecto de un hormiguero cuyo hogar era la casa de la fiesta, adonde convergían por distintas direcciones todos los muebles, servicios de loza y vajillas de *plata de piña* de los invitados.

Téngase en cuenta que hasta el año 1862 la ciudad era un pueblo grande, y que la gente acomodada no se aventuraba a vivir fuera del perímetro comprendido dentro de los *ex ríos* San Francisco y San Agustín, La Candelaria y el puente de San Victorino, salvo contadas excepciones.

Las piezas de la casa que daban frente a la calle, lo mismo que hoy, se arreglaban para bailar; el corredor principal se cubría con percalina para evitar el frío, porque los cristales no estaban al alcance de todos los santafereños. Las alcobas de la casa se preparaban convenientemente, y en las camas, de estilo inglés con colgaduras de damasco, se exhibían los tendidos, que eran colchas de seda de la India, u otras, bordadas por las niñas en la escuela, y almohadas adornadas con encaje de bolillo y *tumbadillo*. Sobre una cómoda de caoba lucía el crucifijo, hecho en Quito, acompañado de alguna imagen de la Virgen y de las efigies de los santos de la devoción de la familia.

El comedor se ocupaba con una sola mesa, en la que campeaban las exquisitas colaciones y dulces hechos en la casa, *manibus angelorum*, pues se consideraba como una profanación del hogar hacer uso de alimentos preparados fuera de él, y con mayor razón en tales circunstancias. En materia de flores, preciso es confesarlo, era muy reducido el número de las que se conocían, porque ni aun se sospechaba entonces la inmensa riqueza y variedad de la flora colombiana: las rosas de Castilla, que hoy sólo se usan para hacer colirios; los claveles sencillos y las clavellinas, las amapolas, *espuelas de galán sencillo*, *pajaritos*, *flor del raso*, *varitas de San José* (parásitas de Guadalupe), azucenas blancas y algunas pocas especies más constituían el elemento principal de un adorno que hoy alcanza proporciones gigantescas.

Entonces se creía que para calmar la agitación que produce el baile debían tomarse bebidas frescas; como consecuencia de esta opinión, se ostentaban sobre la mesa del comedor botellones de vidrio repletos de

horchata de ajonjolí (las almendras eran muy caras), agua de moras, naranjada, limonada y *aloja* (especie de cerveza dulce aromatizada con clavo y nuez moscada), todos coronados de ramilletitos de claveles de diversos colores.

Las muchachas, a la inversa de lo que hoy sucede, consultaban entre ellas la manera como irían a la fiesta, y las amigas íntimas se consideraban obligadas a vestirse de una misma manera, como prueba de mucho cariño. Los trajes de la señoritas eran de linón, muselina o lanilla medianamente *escotados*, siguiendo aquel precepto de *no tan calvo que se le vean los sesos*; por toda joya llevaban un par de aretes en las orejas, medalloncito pendiente de una cinta en el cuello, en ocasiones pulseras de oro sin pedrería; en la cabeza alguna flor, y, en vez de guantes, mitones de seda con bordados del lado del dorso de la mano. Las señoras casadas, queremos decir las *entradas en edad*, iban vestidas con traje oscuro y pañolón de lana prendido en el pecho con grueso broche de oro; la cabeza cubierta con pañuelo de seda, dejando ver sobre las sienes roscas de pelo aprisionadas con peinetas, los dedos de las manos empedrados de sortijas, y pendientes de las orejas, gruesos y pesados zarcillos que a veces valían un tesoro y que sólo se sacaban a la luz en los días de *pontificar*.

Los jóvenes vestían levita; por corbata, un pañuelo de seda envuelto en el cuello, formando al frente un enorme lazo sin dejar de asomar el de la camisa; no se usaban guantes de cabritilla sino de seda; pero se consideraba como falta de educación presentar la mano enguantada a una señora. Los *taitas* y solterones usaban casaca de *punta de diamante*, prenda de vestido que servía por lo general para tres o cuatro generaciones. Indistintamente llevaban gruesa cadena de oro, o dos pendientes que terminaban en sellos sostenidos en el bolsillo del chaleco por un enorme reloj.

A las siete de la noche empezaban a llegar los invitados. Si entre estos iba una familia, se componía del siguiente personal: padre, madre, hijas, niños, el perro calungo y las sirvientas que conducían el farol, los abrigos y la llave de la casa, que, por sus dimensiones, podía servir de arma ofensiva y defensiva. Las *abuelas* (nombre que se daba a las *mamás* de las niñas) se colocaban en los asientos mejor situados de la sala, teniendo muy cerca de sí a las muchachas, a quienes celaban con ojos de Argos; los hombres se quedaban en la puerta de la sala esperando el toque del redoblante, momento propicio para *buscar pareja*, porque era desconocida la costumbre

de anticipar compromisos. Las sirvientas se colocaban en los corredores acechando la hora del ambigú para sacar *vientre de mal año*.

El vals colombiano y la contradanza española constituían el repertorio de los danzantes. El colombiano era un vals que se componía de dos partes: la primera, muy acompasada, se bailaba tomándose las parejas las puntas de los dedos y haciendo posturas académicas; la segunda o *capuchinada*, convertía a los danzantes en verdaderos energúmenos o poseídos; toda extravagancia o zapateo en ese acto se consideraba como el *non plus ultra* del buen gusto en el arte de Terpsícore.

La nomenclatura de la música de los valses denotaba alegría, como *El triquitraque*, *Aquí te espero*, *Viva López*, *El cachaco*, *El capotico*; la de las contradanzas era trágica, como *La puñalada*, *La desesperación*, *La muerte de Mutis*, etc.

El arreglo y disposición de una contradanza exigían conocimientos estratégicos de primer orden: el general Santander era muy fuerte en este ramo, y probablemente tal fue la razón para que, a las contradanzas *obligadas* o de figuras complicadas, se las llamara santandereanas. Apenas sonaba el redoblante se apresuraban los galanes a tomar su pareja, situándola convenientemente, es decir, próxima a la cabeza, si eran duchos en la materia, o hacia la cola, si eran chambones, pues se consideraba como falta grave el equivocarse al bailar la contradanza.

En toda la extensión de la sala se formaban de un lado las señoras y de otro los hombres, frente a su respectiva pareja. El que ponía la contradanza, por lo general persona de respeto, daba a los danzantes las órdenes e instrucciones conducentes a la buena ejecución del plan de operaciones, y al grito de *a una*, empezaba el enredo, que consistía en hacer y deshacer *cadenetas*, *espejos*, *alas arriba*, *alas abajo*, *molinetes*, etc.; en una palabra, durante dos o más horas de tiempo se entretenían tejiendo la tela de Penélope; el pináculo de la contradanza consistía en que, en cierto momento, los hombres de un lado, y las señoras de frente, se aproximaban entrelazados formando una gran ala al grito de ¡arriba! Esta clase de baile era muy socorrido, porque, lo mismo que la *olla podrida* española, admitía en su seno toda clase de elementos; allí se desquitaban todos y todas del forzado ayuno de baile cuando esto provenía de pavorosa antigüedad en la fe de bautismo.

Hacia la medianoche se juntaban los viejos y viejas, y a las callandas se encaminaban al comedor; de paso llamaban a la falange de sirvientas y

muchachos que habían llevado al baile, y arrellanándose en sus asientos, comenzaban tremendo ataque a la mesa y sus adherencias. Lo que entonces pasaba, a contentamiento universal –pues era la costumbre–, sólo puede compararse a la caída de la langosta en una labranza de maíz o a merodeo del campo de batalla, en donde todos es *res nullius*. Previamente colocábanse los concurrentes el pañuelo extendido sobre el regazo, y allí caía todo lo que estaba al alcance de sus manos; las sirvientas y muchachos iban provistos de alforjas, a cuyo fondo pasaban intactas las mejores viandas. Asegurada la retaguardia, proseguían comiendo tranquilamente, mientras los jóvenes arreglaban sus asuntos particulares, aprovechando el momento en que las *abuelas* se solazaban en la mesa, sin otro pensamiento que el de dar término al saqueo emprendido.

Al fin se acordaban los primeros ocupantes de la mesa de que otros también desearían tomar algún refrigerio y se levantaban, echando miradas codiciosas a lo que aún quedaba. Renovado el ambigú, les tocaba su turno a las señoritas, y de lo que estas dejaban comían los galanes. En cuanto a la música, que consistía en un clarinete, un flautín, un trombón bajo, redoblante, bombo y platillos, que trasnochaban a toda la vecindad, los ejecutantes se quedaban a la *luna de Valencia*.

Terminado el ambigú, entraba la descomposición, o, mejor dicho, se acordaban las *abuelas* de que era tarde, es decir, temprano del siguiente día, y no había poder humano que las contuviera; los galanes no desperdiciaban la ocasión de acompañar a sus *crestas*, nombre que daban a las que pretendían, y el dueño de la casa quedaba muy gozoso de que todos se hubieran divertido a su modo, sin preocuparse de los daños causados, porque entonces *no pagaba el monigote quien lo tenía*, *sino quien lo daba en préstamo*.

Al día siguiente la crónica refería que en el baile de la noche anterior se habían comprometido unas cuantas parejas para unirse próximamente con el entonces *suave yugo* del matrimonio. Un destinillo con veinticinco pesos de a ocho décimos, por mes, y las pocas exigencias de la novia animaban, sí señor, animaban a los jóvenes a tomar estado, teniendo a su favor el noventa y cinco por ciento de las probabilidades de salir bien. Las muchachas, después del sarao, guardaban cuidadosamente sus modestos trajes para usarlos en la próxima fiesta, porque encontraban muy natural usar el mismo vestido en tanto que no estuviera deteriorado. En una palabra: el recuerdo

de aquellas diversiones dejaba en todos gratas impresiones y, más que todo, deseos y posibles para repetirlas. ¡Tiempos que fueron!

# ESPECTÁCULOS PÚBLICOS

*La maroma y los caballitos — Un equilibrista y taumaturgo de 1847 — La equitación y míster Johnson — Un aeronauta célebre: José Antonio Flórez — Sus ascensiones — El prestidigitador Philips*

LOS DIVERSOS ESPECTÁCULOS que se daban en el Coliseo o en otros lugares de Santafé, tales como *la maroma*, *los caballitos* y otras variedades, llamaban mucho la atención. Procederemos en orden.

Para las funciones de *maroma* se arreglaba el teatro de manera que en el proscenio se colocaba la *cuerda tensa* y, pendiente del cielo raso, sobre la platea, el columpio; para los *caballitos* se formaba el circo en platea, y el proscenio lo ocupaba el público. Entonces no habían recibido aún los saltimbanquis el título de artistas.

Los *maromeros* se vestían como los antiguos ángeles que se sacaban a lucir en las *octavas de barrio*. Hubo uno, llamado el Gran Pájaro, que producía mal de nervios en quienes le veían arrojarse de uno a otro columpio sobre los espectadores del patio. Del proscenio saltaba a la mitad de la platea por encima de veinticinco soldados que, con los fusiles armados de bayonetas y puestos en pabellones, disparaban cuando pasaba por el aire.

Pero ninguno como el famoso don Florentino Izáziga, natural de Piura, hombre fornido, de talla mediana, *caratoso* y feo como el mismo Lucifer. Hizo su *debut*, como hoy se dice, en la plaza de Bolívar, en el año de 1847, con una función sin igual en los anales del funambulismo, acompañado de un indio mejicano llamado Chinchiliano y de otros saltimbanquis, todos a cual más brutos.

En las bocacalles de la plaza se colocaron soldados, para que sólo entraran a gozar de la bella presencia de don Florentino los que pagaran un real de *plata de cruz*, que era la moneda corriente. Del pie de la estatua, atadas a un cabrestante, arrancaban dos cuerdas tensas, paralelas entre sí y a distancia de ochenta centímetros una de otra, hasta la campana más alta de la torre de la catedral. Por ese verdadero camino del cielo subieron y bajaron, vestidos de peregrinos y cogidos de la mano, don Florentino y Chinchiliano. Luego quitaron una de las cuerdas, y por la que dejaron se

arrojó Chinchiliano, montado en un cañuto de guadua, con una banderola roja en cada mano, despidiendo humo a causa del frote producido por la espantosa velocidad con que descendía. Para que no se estrellara al llegar al término de tan vertiginoso descenso, colocaron a trechos sábanas anudadas a la cuerda y sostenidas por varios hombres; pero era tal la rapidez de la caída, que el viajero, las sábanas y los que las tenían fueron a dar, confundidos, sobre la última defensa, que eran unos cuantos colchones puestos en el cabrestante.

En seguida se colgó don Florentino de los pies, en dos argollas suspendidas de una barra; en esa posición tomó en las manos un cañón de bronce, que se cargó y disparó. Aún tenemos presentes los tumbos que dio nuestro protagonista con el brusco movimiento de oscilación que le imprimió el rechazo del cañón, lo mismo que la multitud de chamuscados por el fogonazo.

Y todavía, como si lo hecho no bastara para dejar bien sentada su reputación de *bárbaro*, ultimó el espectáculo introduciéndose por la boca, hasta el estómago, una espada formada por siete hojas de acero, previa lubricación de ellas con grasa, a fin de facilitar la entrada y salida de tan extraño huésped a las cavernas torácicas.

Mucho tendríamos que decir si describiéramos todas las *atrocidades* que hizo durante su agitada existencia don Florentino, exponiendo la vida por el afán de ganar dinero y divertir al público; pero es lo cierto que ese hombre no sufrió nunca en el cuerpo lesión alguna motivada por las maniobras que ejecutaba. Murió mucho después tranquilamente en su cama, con todos los auxilios espirituales.

La compañía de equitación dirigida por el norteamericano Johnson, en el año de 1849, dio como despedida un espectáculo que fue el acontecimiento de entonces. En el circo que preparó en el Coliseo debía presentarse una calesa tirada por doce gatos con sus respectivos aparejos: al efecto se pidieron prestados en la vecindad los tales cuadrúpedos, y de antemano se solazaban los muchachos con la maravilla que se les ofrecía.

Llegado el momento de cumplir la promesa, los ayudantes del equitador trajeron con mil dificultades las respectivas parejas, que, por las muestras que ya daban de furor, permitían vaticinar que la comedia iba a tomar las proporciones de tragedia.

Enganchados los gatos y listos para partir, subió míster Johnson al vehículo, y, lo mismo que hoy hacen nuestros cocheros, empezó a atizarles

unos cuantos latigazos, ¡y aquí fue Troya! Los *michicos*, que probablemente sabían que *un gato acosado se vuelve tigre*, se esponjaron terriblemente, dando bufidos y resoplidos de indignación; acometieron a arañazos y mordiscos a su cruel verdugo, volcando la calesa y haciéndole pedazos el vestido de mallas de seda. El yanqui juraba y blasfemaba en inglés, pidiendo auxilio contra sus feroces enemigos, que al fin pudieron zafarse de los arneses que los retenían, saltando sobre los espectadores, que literalmente reventaban de risa. No ha llegado a nuestra noticia otra diversión en que figuren como actores los atrabiliarios *micifúes*.



SIGUIENDO LA COSTUMBRE de los pirotécnicos que dejan el trueno grande para lo último, daremos cuenta de la atrevida y temeraria ascensión aerostática llevada a cabo por el argentino José Antonio Flórez en el año de 1845.

Reunidos los mil pesos exigidos por el aeronauta, preparó su obra en el edificio del colegio de Nuestra Señora del Rosario; dio entrada en los corredores altos a los contribuyentes, y en el patio y corredores bajos, a los que pagaban un real.

El globo era hecho de fajas blancas y rojas de *bogotana*; la boca la formaba un aro de hierro de dieciséis metros de circunferencia y se inflamaba por medio de humo caliente, producido por la combustión de leña y tamo. Para mantener el calor e impulsar la subida se le ponía, suspendida del aro, con cadenas, una canastilla de planchas de hierro, llena de trementina, brea y sebo con mechas. Del aro pendía también la estrecha barquilla de cañas, suspendida con cuerdas y adornada de dos banderas tricolores enastadas. El globo inflamado se alcanzaba a ver desde la calle, y apenas eran suficientes veinte hombres para sujetarlo.

Terminados los preparativos se presentó Flórez con pañuelo blanco en la mano, vestido con sombrero de pelo gris, levita de color azul turquí, abrochada, pantalones de color de perla y borceguíes de charol. Se introdujo en la barquilla, se asió con la mano izquierda a una de las cuerdas, y con voz firme dijo: «¡Suelten!».

El monstruo partió como un cohete, derribando de paso el alar del tejado, en el ángulo noroeste del edificio, y descalabrando a aquellos cuya mala estrella había colocado al pie del siniestro. La muchedumbre que ocupaba la

parte baja del edificio se precipitó sobre la puerta para salir a la calle; pero como sólo estaba abierto el postigo, se formó allí aglomeración de personas de ambos sexos, que se estrujaron sin misericordia, a fin de conseguir, a lo menos, salir de ese dédalo en que se habían metido; hubo gente que se quedó en cueros y los más perdieron los sombreros, la capa, la mantilla o alguna otra prenda del vestido.

Los *orejones* de la sabana, que habían venido a ver la ascensión, recorrían las calles a escape, atropellando a todo el mundo para seguir la ruta caprichosa que tomaba el globo; los de a pie corrían en distintas direcciones, y hasta los balcones y tejados de las casas estaban atestados de curiosos. Si en ese momento hubiera llegado a la ciudad algún *viajero científico*, habría escrito en sus apuntes: «Santafé es un manicomio de América».

Entre tanto, el globo recorría majestuoso los ámbitos del cielo, enseñando sus entrañas de fuego, cuyas llamas lamían la tela de donde pendía la vida de un hombre: Flórez, en pie, saludaba con su pañuelo blanco a la ciudad, que en esos supremos instantes tenía fijas en él todas las miradas.

Al salir, el globo se dirigió hacia la plazuela de San Francisco; pero en breves instantes, y siempre elevándose, tomó la ruta del Boquerón, entre Monserrate y Guadalupe; en esa posición permaneció estacionario por algún tiempo, y ese fue el momento de mayor angustia para la multitud.

A la altura a que se hallaba el globo, apenas se distinguía al aeronauta. Este arrojó una de las banderas, y todos creyeron que era él que se había desprendido. La impresión de curiosidad y asombro que dominaba a los espectadores se cambió por horror y lástima; todas las mujeres lloraban y gritaban; de los campanarios, repletos de sacerdotes y religiosos, se enviaban absoluciones a voz en cuello, y no faltaba quien le echara la culpa de la muerte de ese hombre a la autoridad, que había permitido semejante acto de temeridad.

El globo empezó a descender, y entonces pudo verse al atrevido argentino que desprendía un lado de la barquilla y se descolgaba por una cuerda amarrada a la misma, a fin de tocar tierra antes que el globo, el cual se dirigió a las torres de la Catedral, chorreando lamparones encendidos, de los que no podía defenderse el *navegante*, y al fin cayó sobre el edificio del hospital de San Juan de Dios, en la parte situada en la calle de San Miguel.

Flórez alcanzó a retirarse antes de que le cayera encima esa mole de hierro y fuego; pero al chocar la canastilla con el tejado, se derramó el

líquido encendido que contenía y corrió por las canales en forma de lava, que, al caer, quemó a los muchos curiosos que estaban en la calle, y puso al mismo tiempo en gran peligro el hospital.

La llegada de tan extraños huéspedes produjo en aquella casa de beneficencia el más atroz pánico, porque se esparció la voz de que el edificio ardía por los cuatro costados: los enfermos, en camisa, corrían de una parte a otra pidiendo misericordia, pues ya se daban por muertos; y en aquella *torre de Babel*, el único que tuvo juicio fue el padre hospitalario fray Mariano Vargas, a quien, por ser loco, no le cobijó la ley que suprimió los conventos menores. Se paseaba tranquilamente por los claustros, frotándose las manos y diciendo a los que se le arrimaban: «¡Carnestolendas! ¡Carnestolendas!».

Las consecuencias de esa diversioncita fueron para Santafé de más significación que la entrada de *los guascas* en Bogotá; pero como todo está compensado, los estragos que especialmente afectaron a la gente de faldas, tuvieron su *contra-fómeque* en el aumento prematuro de la población.

Poco tiempo después hizo aquel *gaucho* otra ascensión en la plazuela de San Victorino, en las mismas condiciones que la primera, y fue a caer en la quinta de La Floresta, abajo de la antigua alameda, por donde los *orejones* lo trajeron a caballo en triunfo hasta la ciudad.

Pero *tanto va el cántaro al agua hasta que por fin se rompe*; aquel temerario terminó sus aventuras en un descenso que hizo en Guatemala, en menos tiempo del que quisiera. Como tenía que suceder algún día, se le incendió el globo a quinientos metros de altura, y cayó el desgraciado sobre unas rocas, de donde lo recogieron con garlancha, para poderlo echar a la sepultura.

En el año de 1850 apareció un venezolano de apellido Parpacén y ofreció ascender en globo alimentado por fuego, mediante el pago de 1.000 pesos.

Se reunió el dinero, y el globo se infló en el sitio que hoy ocupa el anfiteatro anatómico en el hospital; pero al tiempo de subir le dio *canillera* al aeronauta, quien, pretextando *una necesidad*, puso pies en polvorosa y no paró hasta que llegó a Honda, en donde se echó río abajo en el primer champán que encontró. Hasta hoy lo esperan los espectadores, chasqueados, como los judíos al Mesías.

En los tiempos modernos hizo en esta ciudad varias ascensiones, en globo de percal, protegido por malla de cáñamo, inflado con aire caliente, sin canastilla y sentado en un trapecio, el intrépido Antonio Guerrero.

Admiraba la serenidad de aquel hombre, que hacía *planchas*, *molinetes* y mil diabluras más en el espacio, sin tomar precaución alguna para el caso de accidente. Tal ha sido la historia de la navegación aérea en esta ciudad.

Se nos olvidaba mencionar la compañía inglesa de equitación, que fue la segunda que vino a Santafé, en el año de 1843, pues ya había visto la famosa compañía del mismo género que trajo, en 1833, míster Johnson. Se componía de dos caballitos negros, bellísimos, sobre los cuales hacían equitación dos grandes *monos* africanos; dos camellos, que corrían en el circo, y un enorme elefante, que era, como todos los de su especie, muy inteligente y benévolo. En los colmillos le ponían un aditamento en que se acostaba el director e introducía la cabeza en la boca del elefante. Lo hacía echar por tierra para que se le subieran tantos como le cabían desde la cabeza a la raíz de la cola; pero, al levantarse, todos rodaban, y entonces el siamés les hacía cosquillas con la trompa y se veía lo que gozaba con la impresión de terror que producían sus cariños de *lienzo gordo*.

En el ramo de cubileteros (hoy prestidigitadores) hemos visto cosas muy buenas, aunque no han faltado escamoteadores que se han reído a costa de los bolsillos de los santafereños y bogotanos.

En cierta ocasión vino una francesita que lucía las habilidades de un *perro sabio*, que era un can blanco, lanudo y con el pelo recortado. La *madama* aparecía en el proscenio vestida con traje fantástico y con una varita mágica en la mano. Llamaba al perro, que saltaba sobre una mesa en que había flores y una baraja extendida que sólo podía ver la prestidigitadora. Así las cosas, decía al perro, en español afrancesado: «Muestra *clávelo* blanco; muestra *clávelo* rojo; muestra *as oros*, muestra *as copas*». Cansado el público con tanta *muestra*, resolvió terminar la función con una salva de panelitas de leche de las que vendían en una cantina en el teatro; al día siguiente la Policía obligó a la *gabacha* a que pagara ocho pesos que valían las panelas expropiadas a la cantinera por el respetable público, fundándose en que *el que es causa de la causa, es causa de lo causado*.

En 1842 llegó a esta ciudad el célebre prestidigitador equilibrista míster Phillips y su *presunta* esposa, bellísima mujer; trajo aparatos y útiles adecuados para sus funciones, que eran brillantes. Gozó de gran favor entre el público sensato por las maravillas que ejecutaba, pero entre el vulgo se aseguraba que tenía pacto con el diablo; de seguro lo habrían quemado vivo si hubieran logrado apoderarse de él.

# Fiestas religiosas

## Las costumbres piadosas de Santafé

Adorar a Dios en espíritu y en verdad, fue la enseñanza propuesta por Las Casas a los indígenas idólatras que poblaban estas comarcas. Fácil fue la tarea de los misioneros en lo que tenía relación con los asuntos exteriores del culto cristiano, ora por lo sublime, al par que por las sencillas doctrinas que la nueva religión les enseñaba; ora por el cambio de objetos materiales, que servían para hacerles perceptibles, en lo posible, los dogmas y misterios del catolicismo.

En efecto, las imágenes del Hombre-Dios, crucificado y muerto por redimir a la humanidad decaída, y la de la incomparable Virgen, de quien nació el esperado Salvador, causaron en los sencillos naturales el efecto de la luz en quien sale de las tinieblas: los deslumbró, y, como consecuencia lógica, cayeron en desuso el sinnúmero de *tunjos*, amuletos e ídolos que veneraban.

Pero no sucedió lo mismo al tratar de quitarles las preocupaciones que los dominaban, especialmente las que tenían relación con el culto de los muertos, los hechizos y maleficios, siendo de notarse que estas ideas subieron de los indios a la clase acomodada, y aún más arriba, probablemente por el fenómeno social, que en el nuevo continente sólo se ha observado en Colombia y Venezuela, de que no hay antagonismos de razas, causa a que atribuye un distinguido publicista la notable inteligencia de nuestra población. No destruimos a nuestros indios, como se hizo en otras partes, sino que nos los asimilamos; y aunque muchos se avergüenzan de llevar en sus venas sangre de los aborígenes, deben consolarse de tal preocupación, teniendo en cuenta lo que decía el caballeroso *Pancho Torres*, de feliz memoria: «¡Aquí no hay más noble que yo, porque soy indio puro!».

Santafé era muy piadosa; pero se resentía de las creencias supersticiosas o *agüeros* que de tiempo atrás, y sin saberse cómo, se habían inoculado en todas las clases sociales. ¿Se exigía un milagro a san Antonio de Padua? Se

le quitaba al Niño Dios, o se sumergía al santo en la tinaja llena de agua hasta que concediera lo que se deseaba; y si ni aún así hacía caso, se relegaba la imagen al *cuarto de trastajos*. Si después de hecha la novena a Nuestra Señora de los Dolores no se conseguía lo que se deseaba alcanzar, se le ponía en la cabeza la corona de espinas del crucifijo; y si san Francisco de Asís no concedía pronto lo que se le pedía, aunque fuera un novio joven, hermoso, rico y formal para alguna cuarentona, lo despojaban del cordón.

Esto es lo que dice relación con el culto privado, porque en algunas iglesias se contaban maravillas.

En la de San Agustín había dos cuadros con las siguientes originalísimas inscripciones: «Verdaderamente, fue virgen admirable nuestra Madre Santa Mónica, la cual, con sus innumerables partos para el cielo y para el mundo, dio luz al Fénix del Amor, nuestro gran padre San Agustín» y «San Quintín, abogado del mal de orina». En la Veracruz hay un cuadrito que tiene la siguiente inscripción: «San Peregrino de Lacioso, peregrino en milagros, en especial en sanar piernas y feliz en partos dificultosos».

En la de San Juan de Dios existía un San Cayetano *tan indecentemente indecente*, que no podemos describirlo por respeto a los lectores de estas crónicas; pero sí mencionaremos una pintura en que aparecen los diablos jugando a la pelota con san Juan de Dios.

En el antiguo convento de Santo Domingo había un cuadro en que se veía a ese santo escribiendo a la luz de un cabo de vela, que sostenía el demonio en la punta de los dedos para no arderse. De la boca del último salía un letrero que decía: «¡Que me quemo, Domingo!»; y de la del santo, este otro: «¡Quémate, diablo!».

## La fiesta del Corpus

Las fiestas religiosas más notables de Santafé eran, sin disputa, la del Corpus, en la Catedral, y las octavas, en los barrios de las Nieves, Santa Bárbara y San Victorino, únicos que existían entonces.

La fiesta del Corpus empezaba por repiques de campanas a las doce del día de la víspera, en todas las iglesias, y gran quema de cohetones en la plaza principal.

Como entonces había mercado permanente en la misma plaza, vivían allí todos los perros sin dueño conocido; pero al zumbido del primer cohete tenía lugar un fenómeno graciosísimo: los perros corrían locos de terror, sin

reponerse del susto hasta llegar a los ríos Fucha o del Arzobispo, y eran reemplazados por los muchachos de la ciudad, que acudían presurosos, atraídos por el ruido y los repiques.

A las ocho de la noche se quemaban fuegos artificiales costeados por la Municipalidad y se ponían luminarias en todas las casas. Las torres de la Catedral, lo mismo que las de la capilla del Sagrario, se adornaban con candiles encendidos, colocados en todas las cornisas.

El día de Corpus aparecían preparados por los gremios de artesanos los cuatro altares de *rúbrica*, situados en las bocacalles de La Enseñanza, *La Rosa Blanca*, puente de San Francisco y segunda calle Real. Las casas comprendidas en este trayecto se adornaban con colchas o colgaduras de muselina, zaraza o damasco, y en las puertas y brancas de las tiendas se colgaban todos los *cachivaches* disponibles en las localidades ocupadas por los tenderos o *mercachifles*.

A cada media cuadra se levantaba un arco vestido de *bogotana*, percal o *pichincha*, terminado en custodia, cáliz o alguna otra figura alegórica de cartón pintado al temple. Las bocacalles se cubrían con *bosques*, palabra que, traducida al lenguaje santafereño, quiere decir títeres o *fantoches*. Esos eran los lugares escogidos para echar sátiras a los mandones o a los acontecimientos que merecieran censura, exhibiéndolos del modo más ridículo posible. Recordamos uno en que los *guardas de un estanco de aguardiente* saqueaban la casa de un pobre, llevándose como contrabando las camas, los pocos muebles y las hijas de la víctima. En otro pusieron un montón de aguacates (*curas*) llenos de moscas pegadas, con el siguiente letrero: «¡Qué *mosquera*, pobres curas!». Otro hubo en que figuraban los rematadores de bienes eclesiásticos, llevando en las manos los conventos, casas y otros edificios. Al pie se leía esta inscripción: «Llevamos las manos muertas de frío».

La tropa se extendía en dobles hileras en las calles que recorría la procesión y, al pasar la Divina Majestad frente a la bandera, se batía y extendía esta para que el arzobispo pasara por sobre ella con el Santísimo.

A las diez de la mañana empezaba el desfile de la procesión en el orden siguiente:

Las *cuadrillas* de los indios de Suba, Fontibón y Bosa, vestidos con pañuelo rojo amarrado en la cabeza, camisa de lienzo y calzón corto (*culote*) de manta azul, danzando al son de pífano y tambor, llevando un palito en cada mano para golpearlos unos contra otros y hacer más vistosas

las figuras. Esas danzas debieron servir de modelo a Vásquez Ceballos para pintar el cuadro que representa a David bailando delante del Arca, existente en la capilla del Sagrario; luego los carros alegóricos, tomados de los pasajes del Antiguo Testamento, y tirados por robustos mozos disfrazados de turcos; se elegía a los niños más hermosos y se los vestía con trajes y joyas valiosísimas. Aún recordamos, entre muchas, la alegoría de la República protegida por la Religión, acompañada de la Fe, la Esperanza y la Caridad; en pos de los carros, las *cruces altas* y ciriales de las parroquias y otras iglesias; las personas que iban alumbrando, en dos alas; los seminaristas y el clero. En el centro, las imágenes de santa Ana, que enseña a leer a Nuestra Señora, san Joaquín, la Concepción, san Victorino, vestido de Pontifical, san Pedro y san Roque, llevados en andas. Los levitas con el Arca, los ancianos y los reyes de Judá, representados por niños de uno y otro sexo, con barbas postizas de algodón bien escarmenado.

Las ninfas, ricamente vestidas, marchaban regando flores delante del palio.

El palio, llevado por sacerdotes revestidos, y, debajo, el arzobispo con la custodia, rodeado del capítulo metropolitano, con ricas capas magnas.

El presidente de la República, acompañado de los ministros de Estado y de los altos funcionarios civiles y militares, con brillantes uniformes. Desde el general Santander hasta Obando, asistieron los presidentes a solemnizar esas procesiones.

De todos los balcones caía inagotable lluvia de flores, y al concluir la estación, en cada altar se quemaban fuegos artificiales.

Después de la procesión se llevaba a los niños que habían figurado en ella a disfrutar del convite (*lunch*) que se les preparaba en el palacio arzobispal, y enseguida paseaban por todas partes y se los festejaba como si realmente fueran los personajes que representaban.

Mientras tanto, se divertía la gente devorando los bizcochos, dulces y *guarrús*, que eran las viandas de ordenanza para esas funciones, amén de las frutas acarameladas, maní, alfójar, *merenguitos*, *avisperos* y otras golosinas de gusto muy refinado. En las casas situadas en las calles por donde pasaba la procesión se obsequiaba a las personas invitadas con onces suntuosas, y en algunas se aprovechaba la oportunidad para armar por la noche la tertulia o baile improvisado.

El octavario continuaba en la Catedral con gran pompa hasta el jueves siguiente, en que tenía lugar la misma procesión por los alrededores de la

plaza, previos fuegos artificiales de la víspera y era todo, *mutatis mutandi*, igual a lo del Corpus. En una ocasión quedó enredada la tiara de san Pedro en los flecos de un arco, y en el acto la gente agorera pronosticó próxima persecución de la Iglesia, lo que desgraciadamente se confirmó con la fuga que se vio obligado a emprender Pío IX, de Roma a Gaeta en año de 1848.

## La fiesta de las octavas

Luego venían las octavas de los barrios, empezando por el de Las Nieves, que es la parroquia más antigua de Santafé. Baste a nuestro propósito la descripción de lo que pasaba en aquel entonces *tenebroso arrabal* para dar idea a la actual generación de los sucesos que constituían antaño el ramo de diversiones más apetecidas y populares.

Al aproximarse la fiesta se advertía movimiento desusado en aquellas regiones, producido por el resane y blanqueamiento de las casas, en que se notaba que los artífices no pecaban por habilidad en el oficio, porque, por lo general, quedaba más blanco el suelo que las paredes; se retocaban los letreros de las ventas y chicherías, y en algunas localidades se pintaban con colores de tierra portadas que remedaban festones con tendencia a imitar labores arquitectónicas, flores, monstruos o alguna escena de costumbres populares por el afamado pintor al temple el *bobo Rosas*.

Para comprender nuestra relación debe saberse que en aquella época todas las casas del barrio carecían de alar, las puertas y ventanas eran contemporáneas del conquistador de los muiscas; no existía camellón, sino un tremendo y desigual empedrado con altibajos, y de oriente a occidente se desprendían tres quebradas, que fueron, y ya no son, las que pasaban por tres *puentes* de cal y canto, que son el origen del nombre que lleva aún ese sitio de la ciudad.

En la víspera de la octava se colocaban en puertas y ventanas faroles de papel de colores, de los llamados *intestinos*, o linternas habilitadas de guardabrisas con sus correspondientes cabos de vela de sebo. En la plazuela se encendían hogueras de frailejón, y dondequiera que había garito, venta o chichería, se colgaban faroles cuadrados, forrados en género transparente, con que se anunciaba las comodidades que reportaría a los concurrentes la entrada a esas *casas de beneficencia*.

Desde la iglesia de la Tercera se empezaba a gozar de los perfumes y vapores de aquel barrio en verdadera combustión: los ajiacos, empanadas,

longanizas, morcillas, cuchucos, rostros de cordero, papas chorreadas, chicharrones, tamales, bollos de quiche, encurtidos de la tierra, chicha, pollos *a la funerala*, pólvora, aguardiente, trementina, etc., con todo lo demás que no podemos referir enviaban sus partículas o moléculas en dulce e inalterable consorcio a las narices de la concurrencia de toda edad, sexo y condición que se metía en aquel *remolino de Honda*.

A las ocho de la noche empezaban los fuegos artificiales con un cohetón de doce truenos y unas cuantas culebrillas que descendían caprichosamente; en el acto respondían mil silbidos agudísimos de los muchachos, con los gritos y llantos de los asustadizos niños que enviaban las madres con las criadas a gozar de aquellas diversiones. La banda de música rompía con el bambuco o torbellino, y así seguía la quema hasta que, entre las nueve o diez de la noche, se retiraban todos a buen dormir, a fin de quedar dispuestos y hábiles para los espectáculos y faenas de los días siguientes.

Amanecía el día deseado y era de verse el movimiento febril de las gentes; se trasteaba de las casas y tiendas con todo lo que constituía el guardarropa, para que pasara a funcionar como objeto de adorno sobre las puertas y ventanas, sin que de aquella revolución escaparan sino los colchones y almohadas de las camas.

Con los cuadros y láminas de todos colores, clases y tamaños se cubrían las paredes, sin cuidarse de las reglas de simetría y congruencia que debieran tenerse presentes en tales casos. Esto daba lugar a que se vieran los mayores contrasentidos en tan originales consorcios. Junto a la impresión de las llagas de san Francisco se veía a Mazzepa (desnudo), amarrado sobre el potro bravío; el éxtasis de santa Teresa junto a Eloísa y Abelardo; las almas benditas del purgatorio con la manteada de Sancho Panza, y así todo lo demás. Recordamos que por la calle de *Las Béjares* se veían varios cuadros que representaban la historia de Hércules y las Danaides, mezclados con otros alusivos a la muerte del *justo y el pecador*, ¡y alguno de Napoleón en Santa Elena!

Los arcos, altares y bosques arreglados a imitación de los que habían figurado en el Corpus, pero adornados con flores de borrachero, borlas de San Pedro, arrayanes, retama y otros afines.

En la plazuela se preparaba el *Paraíso*, que era el purgatorio de Adán y Eva, figurado por dos muchachos medio desnudos y ataviados con vestidos de plumas, semejantes a los que usaban los indios. Con arbustos se formaba una imitación de parque, cercado con festones de laurel. Allí yacían todo el

día, para encanto de los mirones, los animales raros, como *cafuches*, armadillos, *borugos*, venados, buitres, tigrillos, micos y loros; la serpiente tentadora era una tripa de res, soplada, con cabeza de dragón mordiendo la manzana. A veces figuraba una gran ballena en seco, hecha con armazón de chusques, forrados en papel pintado de negro y ojos hechos de asiento de botella.

Desde las diez de la mañana empezaban a circular los *matachines*, que eran hombres disfrazados de danzantes, precedidos del negro Simón Espejo, vestido de casacón de paño rojo galoneado de plata, gran sombrero de tres picos y botas altas, y de dos muchachos que figuraban diablos, con vejigas infladas, suspendidas de cuerdas atadas a una vara, con que repartían sonoros golpes a todos los que encontraban. Llevaban música consistente en tambora, dos violines gangosos y pandereta, y marchaban al compás riguroso de *seis por ocho*. Allí donde tenían sus compadres o pretendidas, se detenían para bailar la *contradanza*, o para hacer y deshacer, bailando la trenza alrededor de un asta, de la cual pendían tantas cintas de colores cuantos eran los *matachos*. Concluida la danza, recibían los aplausos y felicitaciones del pueblo y «se iban con la música a otra parte».

La procesión tenía lugar por la tarde, en perfecto orden: llevaba el guion el alférez designado por el párroco, con las ninfas y carros alegóricos de estilo, y detrás del palio, debajo del cual se llevaba la Majestad, seguían la música y cantores más originales del mundo. El violonchelo, llevado por uno y tocado por otro; los violines recorriendo caprichosamente el diapasón en todos los tonos y variedades concebibles; un oficleide, dando bufidos a su antojo, y los cantores, amoratados, con voces de garganta y apenas entreabierta la boca para cantar con los dientes apretados.

Un extranjero que presenció en cierta ocasión esa escena dijo, al verlos, que era mucha crueldad obligar a esos desgraciados a que «lloraran cantando».

Por la noche el barrio era un encanto, aun en los sitios más recónditos. Se armaban bailes y parrandas en casi todas las casas donde había sílfides, al compás de guitarras y bandolas, y por las calles circulaban grupos de hombres *algo sospechosos*, con garrotes y tiple en mano, seguidos de las maritornes respectivas, todos tan quisquillosos que, por el *dácame esas pajas*, se machucaban sin piedad. ¡Ay del que pasara junto a ellos y tuviera la desgracia de no darles la acera!

Desde las nueve en adelante era peligrosísimo, por no decir una temeridad, meterse en ese avispero, porque ya habían invadido el estómago de los fiesteros toda la chicha y el aguardiente de las ventas. Como consecuencia precisa, cada personalidad estaba convertida en verdadero alambique.

Las tabernas semejaban rompeolas de mar bravío, y si se llegaba a apagar, a causa de algún incidente imprevisto, la única luz que hacía perceptibles los objetos se armaban bataholas a oscuras, al son de los guacayanes y *cabiblancos*.

Entre tanto, la Policía se contentaba con arreglar un cordón sanitario en las avenidas que conducían al sitio del combate, siguiendo la regla de los bomberos expertos, de que el medio más eficaz para extinguir incendios es formarle hogar al fuego.

El lunes tomaba el barrio el aspecto de un lugar amenazado de próximo asalto. De la esquina de la antigua casa de Cualla hasta la de *Los Tres Puentes* se cercaban las bocacalles, y en todas las puertas se ponían trincheras con las *cujas de cuero*, bancas, mesas, etc. Se preparaban para los tres días de corridas de toros.

A la una de la tarde traían los *bichos* a un corral vecino, en medio de la algazara de los jinetes, de los muchachos y de los cohetes: el encierro no tenía nada de particular; pero a las tres sacaban el toro enlazado con tantos rejos cuantos eran los *orejones*.

En aquella época no se conocían las *navarras*, *limonas*, *galleos*, *junicones* y suertes clásicas de la tauromaquia; los patojos llenos de andrajos, a quienes el licor disminuía la vista, toreaban lisa y llanamente, con seguridad de darse el placer de una arada de bruces cuando los atropellaba el toro, caso en el cual se los sacudía o se los zambullía en la pila, fuera o no conveniente.

El medio de la diversión estaba en tomar sitio junto a las ventanas en que estuvieran asomadas las muchachas bonitas, lugares en que se podía *pelechar*.

Al grito de «¡el toro!» se prendían los lechuguinos de los vetustos balaustres, que se les quedaban en las manos, y caían de espaldas contra el empedrado; en ocasiones resistían los barrotes y, entonces, por caso apurado, otros de los perseguidos se agarraban de la levita del anterior ascensor, hasta que se formaba un racimo de cachacos, que al fin concluía por caer en masa.

En cierta ocasión treparon en vetusta ventana unos cuantos fiesteros, y como las damas de la casa cayeron en la cuenta de que el parapeto amenazaba ruina, creyeron conveniente oponer fuerza centrípeta a la centrífuga, para evitar el desastre; pero como fue mayor la última, se fueron a la calle los prendidos, la ventana y las sostenedoras de adentro.

Ya entrada la tarde aparecían los *forasteros* (así llamaban a los habitantes de los otros barrios) y, como novicios en el arte de buscar refugio, se subían a las barreras, donde se les atacaba a pinchazos de aguja, para que no quitaran la vista a los que estaban detrás.

El último día se exhibían algunos jóvenes con *disfraces charros* y recorrían el recinto de las fiestas, dando alaridos estrepitosos cuando pasaban frente a *su tormento*, y aun se permitían levantar ligeramente la máscara, a fin de que no hubiera duda de su fineza.

Pasadas las fiestas quedaba esa parte de la ciudad en estado lamentable: era preciso la amenaza de epidemia, que servía de pretexto al alcalde para obligar a sus moradores a que asearan las casas.

## Las festividades de la Semana Santa

Las festividades de la Semana Santa se han considerado como de las más importantes de las que se celebran, diferenciándose las de Santafé de las de Bogotá por el esplendor y seriedad que tienen en la última.

El Domingo de Ramos, lo mismo que sucede hogaño, entraba Jesús al templo, caballero en una burra, rodeado de los sacerdotes y pueblo, llevando todos sus ramos o palmas tejidas, con más o menos adornos.

El Lunes Santo salía la procesión de la iglesia de Las Nieves: los pasos eran llevados, como ahora, por penitentes vestidos de valencina negra, cubierta la cabeza con capuchón en el que se dejan dos agujeritos para ver, envuelta la cintura con lazos de fique, y llevando en la mano una horquilla para descansar.

Las efigies del Salvador y de la Virgen tienen, a más del mérito artístico, la particularidad de que se cree que pertenecieron a las iglesias despojadas por los protestantes durante el movimiento anticatólico de la Reforma. El conjunto de la procesión con los consabidos cucuruchos, y salvo la planta y facha de los judíos, era adecuado al objeto propuesto; pero existía el *paso de la Cena*, y quien no lo vio no conoció cosa buena. Alrededor de una

mesa cubierta con verdaderos suculentos manjares, preparados con productos y licores de todos los climas y lugares, iban sentados el Salvador a la cabecera, teniendo recostado sobre el pecho a san Juan, dormido, lo que hacía que el pueblo dijera que se había achispado con el vino. En cuanto a los apóstoles, no encontramos palabras para expresar con precisión la horripilante deformidad de aquellas figuras que parecían de facinerosos disfrazados con camisones de desecho, añadiendo el sacristán, de su propio peculio, los cuellos postizos y corbatas. ¡Cuándo pudieron figurarse los abnegados propagadores del Evangelio que algún día, en ignoto país, se verían representados como monstruos y trogloditas feroces!

El progresista arzobispo señor Arbeláez quiso destruirlos desde el año de 1869, y entonces se le hizo presente que esa medida era peligrosa y que podía haber sangre, si tal cosa se intentaba; pero como «toda injusticia tiene su término», llegó el tiempo de la visita del arzobispo señor Velasco: todo fue verlos y condenarlos al fuego, sin apelación, ordenando que se repusieran con otros que llenaran las condiciones requeridas.

Merced a tan aceptada disposición y al celo inteligente del laborioso párroco doctor Alejandro Vargas, eficazmente ayudado por el mayordomo de fábrica, don Francisco Ortega, se ostenta en aquella antigua iglesia la capilla mejor ornamentada de la ciudad, en donde figuran con el debido decoro las bellas imágenes del Sagrado Corazón de Jesús, rodeado de sus apóstoles; algunas viejas de *la pelea pasada* echan de menos a los antiguos amigos de su infancia, pero ya se consolarán, o irán a la sepultura con esa contrariedad.

El Martes Santo salía la procesión de Santo Domingo, sin nada que la hiciera singularizar; no sucedía lo mismo con la que salía el miércoles, de San Agustín.

A las once de la mañana tenía lugar *la sentencia*. ¡La imagen de Jesús aparecía colgada en el centro de la iglesia, y de las tribunas salía una voz cavernosa que decía: «Yo, Poncio Pilato, gobernador romano, condeno a muerte, con dos ladrones, a Jesús Nazareno, por hechicero y embaucador; *a la confiscación de bienes y a pagar los costos y costas del proceso*».

Y esas barbaridades, que debieran producir hilaridad en el auditorio, causaban, por el contrario, sentimiento de compunción, que se traducía, en las gentes sencillas, por fuertes retumbantes golpes de pecho. En seguida se trasladaba la imagen al presbiterio, cantando el salmo miserere. Por la tarde salía la procesión que conocemos con los judíos y algunas otras imágenes

de santos que ardieron a puerta cerrada el 25 de febrero de 1862, durante el terrible asalto que por tres días dieron al convento, convertido en fortaleza, las fuerzas de la Confederación al mando del general don Leopoldo Canal. Sea esta la oportunidad de recordar que, sin el arrojo del coronel Manuel María Victoria, alias el Negro, habría sido destruida por el fuego la imagen de Jesús Nazareno.

*Tres jueves hay en el año*
*que causan admiración:*
*Jueves Santo, Corpus Christi*
*y Jueves de la Ascensión.*

Para hacer honor a la anterior cuarteta, que revela la sencillez y candor de los tiempos en que se compuso, el Jueves Santo amanecía *nuevecita* la población; hasta los mendigos estrenaban alguna prenda del vestido, y, cosa rarísima, ¡se lavaban!; sí, se lavaban, entre otras razones, porque algunos tenían que representar a los apóstoles y dejarse besar el pie en la ceremonia del mandato.

Ese era el día para dejarse ver en la calle, visitando *monumentos* los habitantes de Santafé hasta las diez de la noche, porque la cultura de esos tiempos permitía a las mujeres salir solas de noche, sin temor a los desacatos tan comunes hoy en Bogotá.

Amén de la procesión que en ese día salía de La Veracruz, costeada por el comercio, se exhibían *monumentos* en las iglesias, los que en su mayor parte se formaban con lienzos pintados al temple, representación de templos o cárceles de arquitectura clásica y colorido inverosímil, obra de Victoriano García. El de San Agustín se llevaba la palma por las ridiculeces y anacronismos que se exponían a la contemplación de los fieles. Todo santo, ángel o judío, quedaba convertido aquel día en personaje siniestro de la Pasión, disfrazado tan malamente, que se conocía sin el menor esfuerzo el primitivo carácter del personaje suplantado.

El Viernes Santo era la adoración de la Cruz, acto que producía un obsequio muy confortable para el sacristán, porque rara persona pudiente no concurría a dar prueba de munificencia en esa ceremonia; hoy... cae en la salvilla algún níquel vergonzante o *billetico* enrollado, sin duda para que no sepa la mano izquierda lo que hace la derecha.

Antes de la procesión acudía el pueblo en masa a la Catedral a presenciar el *descendimiento*: allí se encontraba, como suele decirse, con el cura de su pueblo. Entre los empleos de la iglesia había el de *perrero*, que desempeñó últimamente el español Santiago Álvarez, hombre terrible, que vestía sotana de bayeta de Castilla y que llevaba como símbolo de su autoridad un zurriago con que castigaba al distraído can que entraba al templo; pero cuando entre los concurrentes se introducía el desorden, como sucedía y sucede en esa función, repartía furiosos zurriagazos a diestra y siniestra, sin que nadie se atreviera a decirle oxte ni moxte: aquel flagelador no ejercería hoy su ministerio sin que le pusieran *las peras a cuarto*.

El domingo de Pascua se llevaban de la Catedral de La Veracruz las imágenes de Nuestra Señora, san Juan y la Magdalena, para encontrar y acompañar al Resucitado; no podía desplegarse aparato más ridículo.

Apenas veían los cargueros el paso del Salvador, echaban a correr, inclinándose para imprimir a las imágenes movimientos que semejaran saludos o venias: en alguna ocasión tropezaron los que conducían a la Magdalena, y, como dicen en Mompós, cayeron *con todo y santa*.

Si Santafé resucitara para presenciar las funciones religiosas de Bogotá, se volvería sorprendida a su tumba. El culto se ha sublimado, suprimiendo lo que existía de la exagerada devoción a las imágenes con perjuicio de lo principal: hoy figuran la adoración de la Eucaristía y la devoción de la Virgen como indispensable objeto de toda fiesta católica, sin perjuicio del culto que se tributa a los santos.

El esplendor, pompa y gusto con que se celebran las festividades del Sagrado Corazón de Jesús y Nuestra Señora del Carmen, de San Ignacio de Loyola, los triduos de cuarenta horas y las fiestas de los respectivos patronos de las órdenes monásticas, dejarían colmadas las exigencias de las ciudades más avanzadas en civilización. La iniciativa la tomaron los jesuitas desde el año de 1845, secundados por nuestro inteligente y virtuoso clero, con sacerdotes que han formado su gusto artístico visitando los países del Viejo Mundo.

# La fiesta de los Reyes

## Las fiestas en la ermita de Egipto, de Bogotá

Desde la fundación de la ermita de Egipto data la costumbre de celebrar la fiesta de la Epifanía o Adoración de los Reyes Magos.

Aquella parte de la ciudad, que hasta hace poco era uno de sus arrabales, ha sido elevada a la categoría de barrio, en atención a la nunca desmentida piedad de sus habitantes, quienes en todas épocas se han distinguido por su desinteresada cuanto espontánea adhesión a las doctrinas conservadoras, en holocausto de las cuales han sacrificado su sangre y fortuna. Pocos son ya los que sobreviven a los guerreros que, en 1861, bajo las órdenes de Manuel J. Obando y Francisco Cristancho, dieron tanto que hacer al gobierno surgido del triunfo obtenido por el general Mosquera en el alto de San Diego, en dicho año.

Pero lo que ha caracterizado en todo tiempo a los vecinos de Egipto es la decisión constante por el negocio de carne y manteca de cerdo, en todos sus componentes y derivados, hasta producir los famosos chicharrones, encanto de los golosos y anhelo permanente de los muchachos. Entendemos que en otras partes no ofrecen tan suculento bocado con la perfección que alcanzan en las frituras que se hacen en el barrio, y que hasta a los ingleses encantan, como lo demuestra la opinión de todo un míster Lucio Dávoren, médico doctor de la facultad de Dublín, quien la primera vez que mordió un chicharrón bien aperlado y supo que era piel de cerdo, dijo, con la inimitable flema británica, que sus compatriotas eran muy brutos al convertir en galápagos tan sabroso manjar.

Sin embargo, como toda medalla tiene dos lados, la bondad de la mercancía produjo serios conflictos, porque dieron en llamar *chicharroneros* a los vecinos del barrio; y como estos resolvieron no tolerar la burla, llegaron hasta amenazar con dejar el oficio y dar paliza al que los llamara con aquel apodo, que creían denigrante. Afortunadamente, las cosas se arreglaron a contentamiento de tirios y troyanos: se convino en llamar *pollos* a los chicharroneros, y a los habitantes del barrio, egipcios, con lo

cual quedaron satisfechos y se creen honrados los infatigables Ramón Cabral de Meló, Pedro Bonilla, *Pajarito*, Teodoro Pineda y los demás consejeros áulicos de aquella parte de la ciudad.

La iglesia, edificada al frente de la plazuela sobre uno de los contrafuertes de la montaña, domina una de las vistas más pintorescas de la ciudad y de la Sabana, rodeada con huertas, en cuyo interior reposan, sin saber lo que les *va por la pierna arriba*, los cuadrúpedos de pezuña y largo hocico, hasta que les llega su San Martín. Por lo regular, son los martes, dedicados a Marte, los días fijados para el sacrificio de tan antipáticas como apetecidas bestias. El extranjero que en tal día llegara a subir a esas colinas creería hallarse en pleno concierto con cerdos y perros, motivado por el afán de estos en ayudar a sus amos a degollar a los primeros, que parece que, al fin, comprenden aquello de que se trata por la gritería que arman, acompañada de feroces gruñidos.

Después queda sumido el barrio en absoluta tranquilidad, entregados los habitantes a sus cotidianas labores, para repetir la misma escena cada ocho días; pero esta monotonía en las costumbres de los *egipcios* se cambia en actividad y animación desde que principia la novena del aguinaldo.

Antiguamente se conservaba en toda su fuerza y vigor la tradición del pesebre, tan llena de poesía y encantos para los que tuvimos la fortuna de ver la luz bajo la égida de la idea religiosa, que enseña a los niños el culto que debe rendirse al Hijo de Dios, representado en la humildísima condición social que escogió para venir al mundo. Ese aparato, tan pobre y sencillo, despertaba entre los pequeñuelos los sentimientos más tiernos de afecto y desinterés, al mismo tiempo que presentaba a sus inocentes imaginaciones ejemplos objetivos de fácil comprensión, de los cuales deducían los niños, con su inflexible lógica, que la Naturaleza, en todas sus formas, debe tributo de adoración al Creador.

Era el *pesebre o portal de Egipto* el conjunto más heterogéneo que pueda concebirse. La nave de la derecha de la ermita se dedicaba al objeto indicado: se empezaba por formular contra los muros una imitación de montaña con ramaje de laurel, que despedía el delicioso aroma que se respira en nuestros bosques. A un metro de altura se arreglaba un gran tablado, sobre el cual se formaban colinas, valles, sabanas, desfiladeros; en una palabra, se formaban con la posible perfección todos los accidentes naturales de una comarca. Hecho esto, se vestía ese panorama con casas de todos aspectos, en que se notaba, invariablemente, que la talla de los

presuntos moradores no había de permitirles entrar a ellas: cualquier figura de hombre o de animal encontraba allí segura colocación, sin tenerse en cuenta para nada las reglas de estética, historia o cronología. Por todas partes se ostentaban monstruosos anacronismos y los adefesios más extravagantes; pero en cambio allí se veían perfectamente bien interpretadas las costumbres populares y los acontecimientos que por cualquier causa merecieran severa crítica.

El *pesebre* empezaba el 16 de diciembre y terminaba el 8 de enero subsiguiente, con la fiesta de la Epifanía o Adoración de los Reyes. Por las noches ilumínábase la ermita y se quemaban fuegos artificiales más o menos abundantes, según los alcances y generosidad del alférez de cada noche.

Todo pasaba con bastante orden y regularidad hasta que aquellos humildes vecinos recibieron el ósculo de la civilización moderna, llevada a aquellas alturas en alas del vapor del *brandy* y demás congéneres. Tal vez se nos califique de maniáticos; pero es lo cierto que, desde la introducción de ese maldito licor al país, y de algunas modas que deben de tener la misma paternidad, data la desaparición de ciertos usos y costumbres que hacían de nuestro pueblo un conjunto armónico de trabajo, moralidad y carácter expansivo.

Al aproximarse las fiestas de Reyes se armaban toldos en las diversas colinas o puntos más vistosos que ofrecieran facilidad para establecerse con las comodidades posibles en esos sitios durante los tres días de las fiestas: el aspecto que presentaba esa parte de los entonces arrabales de Santafé era encantador. Cada toldo blanco remataba en el gallardete tricolor, circundado de cercados de madera revestida de laurel. Por las noches aparecía esa parte de la montaña como si fuese una gran ciudad iluminada con faroles de colores, acompañados de grandes fogatas, que daban aspecto fantástico al paisaje. Desde la esquina de la *Cajita del agua* se adornaban las casas con festones o arcos vestidos de laurel, musgos y las demás preciosidades que poseemos en nuestros vecinos bosques.

Todos los tiples, bandolas, guitarras, violines, panderetas y *chuchos* del distrito, se llevaban a esos altos para poder dar abasto a los millares de danzantes que en cada toldo, casa, valle o corral se entregaban, como las *wilas* alemanas, al baile infinito, sin solución de continuidad, que entre el pueblo se llamaban *torbellino*, la *pisa*, la *caña* y el *bambuco*.

El aspecto durante el día semejaba un gran hormiguero que se ocupara en ascender y descender a la colina sagrada, particularmente las sirvientas que conducían a los niños para que vieran los Reyes, y no se las acusara luego a la vuelta a la casa, de los apretones de manos que les diera el caballerito Chinchilla, del trago de mistela que tomaron en un toldo con el cachaco de calzón gris, del compromiso contraído con un Narciso para encontrarse al pie de la escalera del atrio después del último trueno del castillo grande, ni de otros cuantos lances en que siempre se encuentra esta clase social, de suyo tan inclinada a buscar las aventuras que tienen por punto final el naufragio de las ilusiones y un hecho de dolor en el Hospital de Caridad.

Rara era la familia santafereña que no aprovechara la fiesta de Reyes para subir a la montaña y pasar el día hospedada en alguno de los toldos, desde donde se gozaba tranquilamente del bellísimo panorama de la ciudad y sus alrededores, respirándose aires purísimos que robustecen los pulmones y dan la vida a los niños. Una vez allí se desperdigaban por los cerros en busca de las *uvas camaronas* y de *anís de esmeraldas*, de *arrayanes*, de *mortiños* y demás frutas silvestres que entonces producían en abundancia esos terrenos, pues sus dueños aún no habían caído en la cuenta de que con los despojos de ese hermoso boscaje se podían cocinar materiales de construcción, aunque para ello se destruyera un paseo como no se veía otro sino en Nápoles o Marsella.

Por las cañadas descendían animales y cristalinos torrentes en que se bañaban los paseantes, para volver luego vigorizados a devorar con apetito *natural*, sin necesidad de otros estimulantes, la comida servida sobre alguno de tantos verdes prados sombreados por los hermosos árboles que había respetado el espíritu mercantil.

La animación de esas comidas era indescriptible. Todos comían y se servían a un mismo tiempo; ponderaban unos a otros el plato que los deleitaba, y dirigían a la patrona del toldo los más encomiásticos elogios sobre la bondad de los manjares, que, en justicia, sólo tenían el mérito de su sencillez primitiva y del vocabulario *clásico* con que antaño, lo mismo que hogaño, se les distingue.

Cuando las sombras de la noche empezaban a velar la ciudad, volvían las familias a sus hogares encantadas con el paseo que, mediante el sacrificio de *muy pocos reales*, les había proporcionado un día de solaz y abundancia, al mismo tiempo que hacía un paréntesis en la vida monótona del apático santafereño.

La fiesta terminaba con *vaca loca* después de los fuegos de la última noche. Tan rara diversión consistía en forrar con un cuero de res una armadura de cañas que semejaba un toro, en cuyos cuernos encendían verdaderos hachones de grasa y trementina, para que con esa hoguera quemara el hombre que la llevaba sobre sí a los atrevidos toreadores.

Al día siguiente volvían las cosas a su ser primitivo, y, salvo uno que otro puño, algunas descalabraduras o narices reventadas, la paz había reinado en esas alturas hospitalarias. Pero la exagerada libertad de costumbres que empezó a implantarse en Bogotá y, más que todo, la falta de cultura y decencia en las maneras por parte de las personas que, por razón de su posición social, tienen más obligación de dar buen ejemplo, ahuyentó de aquellos regocijos a las gentes pacíficas, y hoy sólo queda el vago recuerdo de aquellos tiempos en que las familias de los cultos santafereños podían salir de la ciudad sin que al volver a sus casas les acompañara el sonrojo de haber sufrido, cuando menos, el insulto o la burla de los que, por el sólo hecho de saciarse de licor, se creen autorizados para todo, sin responsabilidad ulterior.

# Carnestolendas

## Cómo se celebraban en la iglesia de la Peña, en Santafé

El domingo, lunes y martes anteriores al miércoles de Ceniza, se celebra, de tiempo inmemorial, la fiesta de *carnestolendas* en la iglesia de La Peña.

Las personas que no conozcan a Bogotá creerán que en esos días se dedican sus habitantes a divertirse con disfraces y bromas iguales a las que se estilan en los países del mundo inclinados a ese género de festejos, especialmente en los pueblos meridionales; pero no es así.

Sin que podamos explicarnos la causa, la máscara o *dominó* no ha hecho camino en esta ciudad. Es cierto que hay quienes suelen disfrazarse en público o en privado; pero siempre guardan completo silencio, ni más ni menos que si se tratara de la comisión de un delito. Si hay algo que anime una reunión y ponga en tortura al espíritu para hacer frente a un ataque de carnaval, es una máscara parlera, que lanza, como dardos, palabras misteriosas que llegan al corazón de quien sirve de blanco a las sátiras o burlas del que se cubre el rostro con fría careta o antifaz impenetrable.

La estación de Carnaval se abre en todas partes desde mediados de noviembre, para terminar el martes anterior al miércoles de Ceniza, día en que empieza la cuaresma, como es sabido por todos. Desde la ciudad de Popayán hasta el Cabo de Hornos, impera la costumbre de divertirse disfrazándose casi todas las noches, para ir a bailar en la casa que más acomode, sin previo aviso a la parte interesada. Al efecto, se reúnen y se dirigen a la morada designada; llaman a la puerta, y al preguntar de adentro: «¿Quién llama?», «Mojiganga», responde el que hace cabeza, palabra sacramental que abre toda puerta. El que dirige la fiesta llama aparte al anfitrión forzado, se descubre a fin de que vea con quién se entiende en el caso improbable de que se cometa alguna falta, y empieza la jarana.

Allí se obsequia con alguna colación a los disfrazados, y estos se van a otra parte a repetir la misma historia, o se quedan bailando toda la noche en la primera casa ocupada. Ya se deja comprender que la base principal para dar a esas diversiones el carácter de costumbre es la cultura en las maneras,

pureza de lenguaje y profundo respeto a la mujer, requisitos indispensables de toda reunión, ya sea pública o privada; pero desgraciadamente, y por causas bien conocidas de todos, estamos muy lejos de poder competir en esta materia con pueblos de condiciones inferiores a Bogotá en riqueza, talento y buen gusto.

Refiere la tradición que un presidiario español ofreció hacer la escultura en piedra que representara a la Virgen con el Niño en los brazos, san José, el Ángel guardián con una custodia, y san Miguel. Dio principio a sus trabajos en un enorme bloque de piedra que encontró al oriente del sitio sobre el cual se edificó la iglesia que hoy existe. Terminado el grupo, se pensó en trasladarlo a la ciudad: fue fácil conducirlo hasta el lugar que hoy ocupa, pero imposible hacerlo avanzar más: por lo cual, y por varias otras señales misteriosas que aparecieron sobre las efigies, se vino en conocimiento de que la voluntad del cielo era que en esa misma localidad se erigiera un templo a la Madre de Dios, bajo la nueva advocación de Nuestra Señora de la Peña, hechos que fueron autorizados con la aprobación pontifical. Tal es el origen de la iglesia y culto que se rinde en las hermosas colinas que sirven de contrafuerte a los cerros de Guadalupe y la Peña Vieja.

Desde la esquina de *El Cedro*, dos cuadras arriba del camarín del Carmen, hasta la iglesia de la Peña, se convertía en aquella época cada tienda, zaguán, rancho o casa, en restaurante improvisado para servir a los innumerables concurrentes que iban a divertirse en las *carnestolendas*.

El camino que hay necesidad de recorrer para subir a la colina santa es un tendido o calzada apoyada en el costado sur de los montículos que forman la serranía de Egipto, bordeada a derecha e izquierda con casitas o quintas de aspecto risueño, en que se goza de un magnífico golpe de vista que abarca la extensa Sabana hasta Torca, por el Norte, y el Nevado del Tolima al occidente: el conjunto encerrado por la alta y escarpada montaña que da nacimiento al bullicioso arroyo Manzanares de cristalinas y traviesas aguas, y al hoy expirante río San Agustín, que desciende a la ciudad aprisionado entre profundos barrancos, para encontrar la muerte al empezar a vivir y ser azote de la ciudad por las mismas pestilencias que esparce por doquiera.

Al sur del camino de La Peña se halla la colina maldita, de arenisca roja y raquítica vegetación, sólo visitada de cuando en cuando por alguna cabra cerril, que huye azorada de esos lugares de aspecto siniestro al oír los quejidos prolongados y lúgubres de la brisa o los bramidos del espantoso

huracán que azota los flancos de aquellas rocas inhospitalarias. Este fue el lugar apropiado por la autoridad de la colonia para dar sepultura a los suicidas, y se le conoce aún con el fatídico nombre de *Tapias de Pilatos*. Los leñadores o carboneros que vienen del páramo a la ciudad manifiestan tenaz empeño en regresar a sus hogares antes que se oculte el sol, a fin de no verse asaltados por los malos espíritus que moran en aquellas cavernas. Dicen que se oyen gemidos espantosos, acompañados de aterradoras blasfemias, y que, a juzgar por la confusión de palabras y alaridos que se perciben en altas horas de la noche, las almas que salieron de este mundo sin esperar a que las llamara el único que tiene derecho para hacerlo viven atormentándose entre sí y maldiciendo sin descanso el momento fatal en que pusieron fin a su existencia sobre la tierra.

Si toda construcción se convertía en restaurante, sobre cada localidad plana se establecían juegos de bolo, tángano y turmequé, en donde jugaban desde que el sol salía detrás de Guadalupe hasta que se entraba por Fute. No quedaba bebida fermentada que no saliera a la luz en esos tres días; pero solamente la chicha que se bebía en *carnestolendas*, convertida en agua, bastaría para devolver el hético río San Agustín a su primitivo estado; y como los efectos diuréticos de esa bebida son apremiantísimos, quedaba el camino convertido en verdadero fangal de espantosa fetidez.

Los principales fiesteros que concurrían a divertirse *de veras* se componían de la falange de campesinos que de todos los pueblos a la redonda venían. Jinetes en caballitos raquíticos con sillas *chocontanas* o con los *sillones de paño rojo* de antigua usanza, en grupos de varias familias, que se convidaban para ir a llevar *ceras* a la Virgen con el objeto de que les diera en cambio buenas sementeras. Es muy sabido el tipo de cada caravana; los gañanes que van delante llevan tiples, panderetas y chucho; detrás siguen las damas andando al trote duro más imaginable, pero que debe saberles a néctar, puesto que ríen a carcajadas sin cuidarse de la figura que van haciendo; detrás marcha el arriero con los víveres que llevan, pues esas gentes lo único que no conducen es la chicha, y eso porque no hay cabalgadura que pudiera cargar con la que se beben durante la romería.

Lo primero que llamaba la atención a los campesinos sencillos era el *milagro de la culebra*, que el ilustrado arzobispo Arbeláez condenó al fuego. En un cuadrito al óleo se representaba la muchacha que arrojó enorme culebra por la boca, sobre una vasija llena de leche, mediante la intercesión de Nuestra Señora de la Peña; y, para que no quedara duda, se

veía disecada junto al cuadro una culebra de más de un metro de largo por cuatro centímetros de diámetro, es decir, que el reptil era más grande que el estómago de la niña que lo alojaba.

Pasada la fiesta de la iglesia se esparcían los *fiesteros* por los toldos y ventas adyacentes: los campesinos, a devorar el fiambre y los lugareños a arreglar paseo o *piquete* a los vallecitos formados por los contrafuertes de la montaña.

El mismo fenómeno que se notaba en la fiesta de los Reyes tenía lugar en las *carnestolendas*: se establecía una verdadera procesión de gente del pueblo, especialmente de las sirvientas de la ciudad, que conducían a los niños de las casas en que servían, por supuesto acompañadas de los respectivos galanes. Apenas salían del poblado daban rienda suelta a sus instintos de libertinaje en las más repugnantes manifestaciones tomando licor en cada ventorrillo sin acordarse de los seres inocentes puestos a su cuidado por la imprudencia e imprevisión de las madres, hecho hacia el cual no nos cansaremos de llamar la atención por los estragos que causan a los niños las golosinas y licores que les propinan las criadas cada vez que los sacan a pasear, a fin de tenerlos contentos para que no las importunen en sus asuntos, amén de las palabrotas que sueltan delante de ellos.

Del mediodía para adelante esos lugares eran un solo volcán atizado por el exceso de licor, las escenas escandalosas de los jugadores y, más que todo, por los actos de impureza de que se hacía ostentación. Después de las seis de la tarde quedaban convertidos esos extramuros de la ciudad en inmenso lupanar. Si los habitantes de Pompeya y de las ciudades malditas hubieran podido presenciar lo que allí pasaba, es seguro que hubieran increpado a la justicia divina el haberlos castigado por mucho menos de lo que se hacía en las *carnestolendas* de Santafé.

Por lo regular, cada noche de Carnaval costaba la vida a varios de los concurrentes, sin contarse el gran número de puñaladas y palizas que se daban, las más de las veces a infelices que en nada habían ofendido a los desconocidos agresores. La autoridad enviaba agentes de Policía a esas alturas; pero estos eran impotentes para impedir la consumación de los hechos criminosos que se ejecutaban, no sólo en las habitaciones, sino en las encrucijadas y veredas que se forman por doquiera en ese terreno de suyo quebrado. Además, la gente perdida se creía autorizada para entregarse a toda clase de excesos con el hecho de hallarse en el Carnaval de la Peña, y llevaban la audacia hasta el extremo de desarmar a la Policía.

Hogaño sólo queda de las *carnestolendas* la visita que hacen los campesinos y algunos bogotanos de la antigua escuela a esas colinas. Allí levantan uno que otro toldo y adornan la plazuela de La Peña con festones y arcos vistosos; pero como es fácil comprender, la civilización que hemos alcanzado dio en tierra con esa antigua costumbre, sin establecer nada digno en su reemplazo.

# Las fiestas de toros

*Las de Bogotá hasta 1846 — Las posteriores hasta 1880 — Preparativos — Los fuegos artificiales — Escenas de juego — Las corridas — El encierro — El tigre de 1857 y el doctor Zamarra — Don Zenón Padilla — Las varas de premio — El fin de las fiestas*

Es indudable que, de las diversiones a que se entregan los pueblos de origen español, ninguna alcanza la popularidad de las corridas de toros. Puede decirse que hay en nuestra idiosincrasia algo de *toril*, inseparable de nuestro modo de ser. Todos, cuál más, cuál menos, tenemos inclinación a torear, y es muy raro el niño que, al pasar por cerca de una res, aunque sea manso buey uncido a enorme carro, no se quita el sombrero para provocarle; y si alguno de los bueyes en que traen su mercancía los carboneros o leñadores llega a derribar a fuerza de corcovos la carga, en el acto se arma la francachela y aturden los silbidos y gritos de los muchachos, entusiasmados con la perspectiva de que el animal se enfurezca y les proporcione un rato de diversión.

Hasta el año de 1890, en que vino a esta ciudad la modesta compañía de toreros americanos compuesta del director Ramón González (*clown*), torero; de los banderilleros Rafael Parra (*Cara de Piedra*) y Vicente González (*Chamuparro*); de los capeadores Julián González (*Regaterín*) y Julio Ramírez (*Fortuna*), no tenían idea los santafereños de lo que era una corrida de toros al estilo español, en las que todo son reglas fijas y posturas académicas, con cierta gravedad y compostura aun en las suertes más arriesgadas; vestidos los toreros con los elegantísimos trajes clásicos del oficio, sin tomar parte el público, a no ser para aplaudir o censurar; pero sin comunicar al espectáculo la animación de nuestras antiguas fiestas de toros, que ofrecían aspecto especialísimo de confusión y bullicio. Esta debió de ser, sin duda, la causa de que las primeras corridas que dio la compañía tuvieran mediano éxito. Posteriormente vinieron toreros de cierta reputación y formaron otra compañía, compuesta de los espadas Tomás Parrando (*Manchao*) y Serafín Greco (*Salerito*), del picador *Salamanquino*, del banderillero Vicente González (*Chamuparro*) y de los capoteadores Ramón

García (*Chaval*) y Julio Ramírez (*Fortuna*), a los cuales se les permitió matar el toro.

El 16 de junio del año 1892 hizo su estreno la mejor cuadrilla de toreros españoles que hasta la fecha de estas crónicas ha venido al país, compuesta de Leandro Sánchez de León (*Cacheta*), primer espada; Benito Antón (*el Largo*), sobresaliente espada; Saturnino Arancey (*Serranito*); Santiago Sánchez (*el Cerrajero*), Pablo Fuentes (*el Barbero*), Federico Manso (*el Chato*) y Casto Díaz.

Puede decirse que en la actualidad ya hacen parte de nuestras costumbres las verdaderas corridas de toros; pero desearíamos que en ningún caso se permitieran las suertes de los picadores, que presentan indefensos los infelices caballos para que los bichos les saquen los intestinos o hagan presenciar al público escenas de la laya no menos repugnantes que crueles.

Antaño tenían lugar las corridas de toros en cada uno de los barrios en que estaba dividida la ciudad. Empezaban en Las Nieves, seguían en Santa Bárbara y terminaban en San Victorino, para lo cual se aprovechaba la plazuela del mismo nombre, la que en esa época era suficiente para que pudieran concurrir a divertirse los habitantes de la ciudad que estuvieran en actitud de hacerlo.

Pero desde el año 1846, en que se inauguró por el entonces presidente general Tomás C. de Mosquera la estatua del Libertador en la plaza principal, se adoptó la costumbre, apoyada en el mandato oficial, de celebrar el 20 de julio, como aniversario de la proclamación de nuestra independencia nacional, con espectáculos más o menos rumbosos y variados, entre los cuales figuraban en primer término los conocidos con el nombre de *fiestas*, palabra que encierra un mundo de logogrifos, para descifrar los cuales no bastaría la *Enciclopedia Británica* ni los diccionarios de todas las lenguas habladas y por hablar.

Vamos a hacer el esfuerzo intelectual de que podamos ser capaces para presentar a la generación que actualmente surge, aunque sea una mezquina y desaliñada descripción de lo que pasaba en la capital de Colombia, a contentamiento tácito y expreso de sus moradores, desde el primer ciudadano hasta el último mendigo, al poner en ejecución los hechos prácticos que se desprendían del cabalístico y misterioso bisílabo *fiestas*, puesto en desuso para bien y provecho de muchas y muchos desde el año de 1880.

Una vez resuelto por la municipalidad y por los metálicamente interesados que debíamos divertirnos con fiestas, fijaba el alcalde un aviso en letras gordas y rojas, en que llamaba a licitación para adjudicar en remate al mejor postor el área de la plaza en donde tendrían lugar los espectáculos ofrecidos, con la obligación de suministrar los toros, pagar y vestir a los toreadores, proporcionar tablados al presidente de la República, al alcalde y a los músicos –que también debía pagar el rematador– y construir la barrera y el toril.

Llegado el día del remate se presentaban en el local de la Alcaldía los que estaban en el busilis del negocio, echándoselas de patriotas resueltos a sacrificarse en aras de la patria por divertir a sus conciudadanos, y se daba principio a un simulacro de pujas y repujas entre bellacos licitadores que de antemano se habían puesto de acuerdo. El alcalde, por su parte, les encarecía la conciencia con la reflexión de que el producto neto del remate estaba destinado a los establecimientos de beneficencia; pero los taimados se encastillaban en la carestía de los víveres y en la pobreza general del país para no alzar más el precio. Por último, cansado aquel de oír tanto alegato y disputa en pro de los codiciosos rematadores, declaraba cerrada la licitación y adjudicaba el terreno, a razón de cuatro pesos el metro cuadrado, durante los *nueve días* que debían durar las fiestas.

La operación financiera de la municipalidad quedaba reducida a recibir unos veinte mil pesos por los cinco mil metros que ocuparían las construcciones de los tablados; pero deducido el valor de los espectáculos que debía costear aquella corporación, los fuegos artificiales y el alferazgo que le correspondía en uno de los días de las fiestas, quedaba una utilidad líquida de ocho a diez mil pesos, suma por la cual estamos seguros de que ni el más desesperado tahúr vendería su alma al diablo. Sin embargo, con las fiestas no era una, sino millares, las que se le ofrecían *dotadas* al espíritu de las tinieblas, que reiría a carcajadas al considerar la abundante cosecha que se le preparaba sin poner él nada de su parte, y, antes bien, podría dormir a *pierna tendida*, seguro de que al despertar, pasadas las fiestas, encontraría considerablemente aumentado su imperio por consecuencia de las *diversioncillas* de los nueve días, sin contar el producto del prólogo y del epílogo.

Una vez adjudicado el remate del terreno a los primitivos licitadores, estos, a su turno, lo volvían a sacar a licitación particular, para lo cual lo dividían y subdividían de manera que no quedara lugar aprovechable, por

pequeño que fuera, sin que les produjera una utilidad del ciento por uno en relación con lo que a ellos les costaba.

Tan luego como se tenía conocimiento en la ciudad de que ya era de *clavo pasado* el asunto de las fiestas, se empezaban a publicar avisos por todas partes, en los que anunciaban los usureros las facilidades y ventajas que ofrecían al público para darle dinero a préstamo, a fin de que no les faltaran medios para divertirse en las brillantes y nunca vistas diversiones que se preparaban. Al mismo tiempo que los especuladores en el asunto distribuían grandes programas en que se convidaba a los forasteros para que viniesen a la capital a gozar de las maravillas que les ofrecían, mediante el insignificante sacrificio de algunos pesos gastados en el viaje, puesto que en los hoteles preparados al efecto llevaban la filantropía hasta hospedarlos casi de balde, nada más que porque estuvieran concurridas y animadas las próximas fiestas, en que campearían la *decencia*, *buen humor* y *moralidad consiguientes a la ciudad*, que era considerada como *Atenas de América*.

El 1° de julio empezaban los constructores de tablados y toldos la tarea de acarrear la madera necesaria para las obras proyectadas, y desde entonces tomaba la plaza el aspecto de una gran feria en que veían llegar de todas partes enormes carretadas de madera en diversas formas y clases, tiradas por bueyes enyuntados, que conducían estúpidos y sucios gañanes. Cada carretero se creía con derecho a ser preferido en el recibo de su cargamento; pero como esto era materialmente imposible se desquitan profiriendo las mayores desvergüenzas a voz en cuello y maltratando horriblemente a los pacíficos animales, sin que nadie les dijera *oxte ni moxte*, porque se estaba en el prólogo de las fiestas.

Al ver los habitantes de la ciudad que ya principiaban a tomar forma las suspiradas diversiones, empezaban a salir de la apatía ingénita a los santafereños, y podía decirse que el termómetro fiestero comenzaba a subir como si tuviera una fragua inmediata. Todos hablaban de las próximas fiestas y se preparaban para ellas con tal entusiasmo como si se tratara de la exposición de París; pero lo raro del asunto era que las personas menos acomodadas y, por consiguiente, aquellas que tenían que hacer mayores sacrificios para divertirse, eran también las que se manifestaban más entusiasmadas.

Desde entonces se notaba un movimiento inusitado en la ciudad: por dondequiera se veían viejas que llevaban a las casas de préstamos y usura objetos que representaban cualquier valor para empeñarlos por la décima

parte de su justo precio, con pacto de venta y retroventa y con el infame e inicuo interés de diez centavos diarios por cada peso.

Los notarios tenían que cuadruplicar el número de escribientes para poder atender a las exigencias de los interesados que acudían a elevar a escritura pública los contratos de préstamo al *módico* interés de dos por ciento mensual, asegurados con garantías hipotecarias y, por lo común, con las cláusulas de venta y retroventa. El movimiento de la propiedad raíz alcanzaba proporciones desconocidas en las épocas normales, y podía asegurarse que apenas había finca cuyo precio fuera inferior a diez mil pesos que no saliera a danzar en este torbellino de traslación de dominio y de gravámenes, a fin de procurarse dinero para figurar en las fiestas, por activa o por pasiva, cada cual según su posición social.

Los condescendientes padres de familia, acosados por las exigencias de las hijas, vendían o hipotecaban lo que poseían, por lo regular alguna casita, para tomar *tablado* en la plaza y presentarlas ante el público, que no alcanzaba a distinguirlas, con traje distinto en cada una de las nueve corridas de toros; y como no debía desperdiciarse ni un momento de este tiempo tan precioso, se acordaban de que *la economía es madre de la riqueza*, lo que en lenguaje fiestero se interpretaba así: *Durante las fiestas no se prende candela en la casa ni se hace mercado*, porque las vulgares necesidades de comer y beber se satisfacen más fácilmente, con múltiples variantes, en los toldos que les quedaban del *codo a la mano*.

En cuanto a los empleados, el negocio era aún más ruinoso si cabe: vendían un año entero de sueldos anticipados, con el descuento de setenta y cinco por ciento, que los agiotistas les compraban después de tener asegurada la colocación de las respectivas órdenes de pago, en el cumplimiento de alguno de tantos contratos celebrados con los gobiernos nacional o del Estado; y para el caso de muerte o destitución del empleado se estipulaba que responderían de la quiebra los descendientes de este hasta la cuarta generación, con los bienes pretéritos, presentes y futuros.

A medida que se aproximaba el 20 de julio aumentaba la desazón y movimiento febril de la ciudad: se hablaba de las fiestas, se preparaban para las fiestas, se comentaban y se preparaban las diversiones que tendrían lugar en las fiestas; las muchachas tenían fundadas esperanzas de encontrar novio en las fiestas, las viejas tenían seguridad de rejuvenecer en las fiestas, las venteras creían que iban a formar un capitalito en las fiestas, los tahúres tenían intención de desplumar muchos pájaros en las fiestas, y hasta el

gobierno creía que aseguraría el orden en las fiestas. ¡Fatídica palabra, llamada a ser la esperanza de tantos y desengaño de todos!

Cuando la epidemia de las fiestas había alcanzado mayor intensidad, podía decirse que hasta los más cuerdos perdían la chaveta; doquiera se experimentaban los estragos de tan extraña situación. Apenas se estaba en el prólogo y ya el desorden había invadido todas las esferas sociales: los estudiantes se declaraban en huelga; las sirvientas notificaban a sus señoras que *tenían la pena de irse*, porque se veían en la necesidad de cuidar a un hermano gravemente enfermo, o les habían robado la ropa y debían buscarla, o bien iban a ver a la madre, que ya era vieja, o porque le *sacaron la muela al gallo*; pero que se iban. Los deudores no pagaban, porque esos no eran tiempos de pagar, y los comerciantes que sólo tenían mercancías de las llamadas *pan y carne* se las pasaban mano sobre mano, bostezando sentados en sus mostradores, sin vender un cuarto; en cambio no quedaba en esos días ningún artículo de fantasía, por estrafalario que fuese, que no saliera a lucir a la plaza de toros.

La noticia de las próximas fiestas en la capital levantaba la polvareda hasta cien leguas a la redonda; desde entonces empezaba la peregrinación de los provincianos acomodados, que venían a disfrutar de las delicias sin cuento que les brindaban los rimbombantes programas, sin advertir los desgraciados que venían a meterse de cabeza en una hornaza que devoraba todo cuanto dio Dios al hombre: ¡honor, fortuna y salud! Y así como los buitres de los páramos acuden presurosos al festín que les brinda la mortecina res, de mismo modo se veían llegar de todos los cuatro puntos cardinales hombres de aspecto sombrío, montados en soberbios caballos o mulas, bien aperados, con vistosos revólveres al cinto, zamarros de cuero de león o polainas lujosas, valiosos anillos y prendedores, gran cadena de oro con abultado cronómetro; las alforjas de la montura dejaban traslucir que no era fiambre su contenido, sino algo pesado digno de especial atención, a juzgar por las constantes miradas que les echaba el jinete, detrás del cual seguía un muchacho, también montado, que conducía a dos o tres buenas cabalgaduras de diestro: eran los tahúres, que iban a tomar posiciones para las fiestas sin pensar que, tal vez, tendrían que mendigar vergonzosa cancha para regresar a sus guaridas.

Al fin llegaba el impacientemente esperado día 19, en que debían empezar las tan apetecidas fiestas con los fuegos artificiales de ordenanza. Desde mediodía estaban terminados los trabajos de construcción de las tres

filas de palcos, coronados de gallardetes tricolores que, agitados por el viento, daban a la plaza aspecto risueño y alegre; cada localidad la adornaba el respectivo locatario con colchas de damasco del color que a bien tenía; entre las barreras y los tablados se dejaba un andén para que transitaran por él los que no querían entrar a la arena; debajo de los palcos se instalaban las cantinas, presididas por antiguas veteranas *hijas de la alegría*, que después de crudas campañas del oficio se contentaban con *ver los toros desde la barrera*, ya que no podían hacer parte del ejército activo, por aquella razón de que la cruda mano del tiempo todo lo desbarata.

Pululaban las mesas de juego, en que se ostentaban sin rubor las *cachimonas*, *las blancas y coloradas*, *el bisbís*, *el pasadiez*, *las ruletas*, *el gallito*, *el monte dado*, la popular lotería de figuras y otros juegos afines en que el noventa y nueve por ciento de las probabilidades están a favor del imprudente tallador. Estos eran los sitios dedicados para desplumar al pueblo bajo de todas edades, sexo y condición, pues las jugarretas en grande estaban establecidas en la mayor parte de las casas situadas alrededor de la plaza y sus inmediaciones. En estas se jugaba únicamente al *dado corrido* en los departamentos reservados, y al *monte dado*, en todas las localidades que presentaran fácil acceso al renovado concurso, que ocurriría atraído por los montones de dinero que exponían sobre las mesas como cebo tentador para los que allí entraran.

A las siete de la noche estaban encendidos los faroles de diversos colores colocados en los palcos y restaurantes; el centro de la plaza se veía iluminado con luces de Bengala, y doquiera reinaba la mayor animación. Los muchachos de la ciudad tomaban puesto en las barreras, en donde metían tanta bulla como los pericos en tierra caliente cuando van de tránsito a saquear la apetecida *roza de maíz*; y de todas partes llegaban enjambres de gentes ansiosas de tomar buen puesto. Las madres del pueblo llevaban a las muchachas *entramonjadas* y en el centro de la familia, a fin de preservarlas de los cachacos atrevidos, o de que se les *perdieran* entre aquella vorágine. Los tenorios pasaban revista a todos los grupos que ofrecían probabilidades de aventura amorosa, y si llegaban a pescar en aquel río revuelto, se perdían en uno de tantos toldos preparados al efecto.

De repente se elevaba con estruendo un gran cohetón, que iluminaba el cielo con multitud de luces de colores brillantes; la gritería de veinte mil almas y los agudísimos silbidos de los muchachos contestaban, llenos de alborozo, ese anuncio de que empezaban los juegos. Las bandas de música

del ejército alternaban tocando bambucos, pasillos y otros aires nacionales de no muy buen gusto; la función pirotécnica duraba hasta las nueve de la noche, y en ese intervalo se quemaban *idas y venidas*, *triquitraques*, *bombardas*, *buscaniguas* o ruedas encendidas, que se lanzaban sobre la apiñada multitud que, para no quemarse, remolinaba en todas direcciones, estropeándose y gritando: ese era el momento propicio para que los amantes contrariados se desquitaran *en menos que se limpia un ojo*. Luego seguían los castillos, que figuraban fuentes, estrellas, abanicos u otras alegorías; pero siempre terminaban con el castillo grande o *Fuerte de San Mateo*, que, al reventar el último gran trueno, dejaba ver a Ricaurte dando fuego al parque. Seguían los globos de vistosos colores, que se atacaban con cohetes, y si llegaba el caso de atravesarlos, estallaba estrepitosa salva de aplausos y risas.

Terminados los *fuegos*, empezaban a funcionar los *juegos*: aquello sí que semejaba una *caja de Pandora*. Los que de buena fe habían concurrido a la plaza, para ver las maravillas de la pólvora, se retiraban ansiosos de salir de aquel atolladero peligroso; pero las personalidades que estaban allí atraídas por el incentivo de tomar parte activa en las mil aventuras de todo género que ofrecía aquel *pandemónium*, se dirigían en busca del sitio donde pudieran entregarse impunemente a la práctica del vicio de su predilección, *sin malicia* como dicen los bogas de Mompós.

Curioso, por no decir repugnante, era el aspecto que presentaba la plaza durante las diez o doce noches que duraba aquel desenfreno, superior en mucho a las saturnales o bacanales del paganismo: dondequiera se veían mesas de juego en prodigiosa actividad, rodeadas de innúmero concurso, entre el cual se contaban las mujeres de mala vida y las desertoras sirvientas de las casas, que acudían a ese inmenso lupanar en la seguridad de pelechar con la infracción de todos los diez mandamientos de la ley de Dios y los cinco de la Iglesia, que en tiempo de fiestas quedaban suspendidos de hecho. Los gariteros o *talladores* invitaban a voz en cuello a los concurrentes a que jugaran en sus respectivas mesas, para lo cual ponderaban las ventajas evidentes que se obtendrían en la clase de juego que regentaban; por todas partes se oían exclamaciones o invitaciones del tenor siguiente:

—¡Apuntarse a la cachimona!

—¡A la *roleta*, que da treinta y dos por uno!

—¡A las blancas y coloradas!

—¡Se va la ficha por siete cuartillos libres!
—¡Lotería!
—¡Casa grande!
—¡Casa chica!
—¡Rebulla el tallador!
—¡Ases! ¡Senas! ¡Par o pinta!

El juego preferido de las viejas era la lotería de figuras, cantada por muchachos adiestrados en la materia, porque toman el oficio de viajar como gitanos para exhibirse en dondequiera que hay fiestas.

No deja de tener cierta originalidad la manera como se anuncia la salida de la figura de cada ficha, y el modo de atrapar la oportunidad para satirizar lo que les parecía; por ejemplo, para gritar la beata, decían: «El rosario en la mano y el diablo en la faltriquera.» «La bota chirriando y el bolsillo silbando.» Se aplica a los gorrones o petardistas; pero el tono general de cantar lotería, aun cuando es monótono y rutinero, revela el espíritu malicioso y picaresco que domina al tallador. Distribuidos los carteles a los jugadores apuntados, se sienta el muchacho sobre la mesa, alumbrada con vela de sebo en sucio farol; sacude el talego que contiene las fichas y empieza a gritar:

*¡El corazón de una dama*
*con botella catalana!*
*La chiquita y lo que gana...*
*Y más detrasito viene*
*la piña chorreando caldo,*
*¡y las mujeres chupando!*
*¡El toche buche amarillo*
*me dejó sin un cuartillo!*
*La torre de Babilonia*
*donde hacen agua Colonia;*
*y más detrasito viene*
*el negrito cordobés*
*¡con las tripas al revés!*
*El toro salió a la plaza*
*en busca de ña Tomasa...*

El grito de «¡lotería!» dado por el ganancioso termina la partida y vuelve a seguir la misma jerga de día y de noche durante las fiestas.

Respecto a las casas de juego adyacentes a la plaza no merecen la pena de que hagamos especial descripción de ellas, pues allí pasaba lo que sucede en todas las de su clase: hombres y mujeres que entraban contentos con dinero en el bolsillo, para arriesgarlo en una o más paladas, con la esperanza de la ganancia, y los mismos que salían renegando con la rabia de la desesperación y del remordimiento, porque habían perdido cuanto llevaron ¡y no tendrían con qué desayunarse al día siguiente!

Mientras tanto, Mefistófeles tomaba posesión de la cumbrera del tejado sobre la Casa Consistorial, y desde allí contemplaba con satánico contento la consumación de todas las abominaciones de que era teatro escogido el lugar más notable de la ciudad: las estridentes carcajadas se confundían con los impetuosos vientos que desencadena en esa época la serranía oriental.

La aurora del 20 de julio sorprendía a los trasnochados fiesteros, cual moscas prendidas en asquerosa llaga, que no se apartaban ni un instante de su objeto, y las venteras reponían las viandas y licores consumidos durante la noche a fin de mantener latente en los parroquianos el deseo de permanecer como arraigados en el riñón de las fiestas.

En ese día de la patria se empavesaban las casas con banderas nacionales y se exponían en la galería de la Casa Municipal los abigarrados retratos de los próceres de la Independencia presididos por el de Morillo, el *Pacificador*; los militares que aún quedaban de la guerra magna, vestidos con sus antiguos uniformes y medallas de honor, acudían a felicitar al presidente de la República. En la catedral pontificaba el arzobispo en la misa solemne que se celebraba en acción de gracias al Todopoderoso; predicaba algún orador notable y terminaba la función con un solemne *tedeum*, actos a que asistían los altos empleados civiles y militares y el cuerpo diplomático, presididos por el primer magistrado.

En la plaza se colocaba una tribuna para que se desahogara el amor patrio insultando a la madre España en todos los tonos conocidos, sin dejar un solo adjetivo injurioso que no se le aplicara con exagerada hipérbole; después de las dos de la tarde, hora en que los oradores estaban *como con vino*, las peroratas pasaban del color *castaño oscuro*, que ya tenían, para tomar el tinte del cielo rojo encendido. Por la tarde se presentaban los batallones vestidos de gala y ofrecían al público el brillante espectáculo de una gran parada, en que lucían la disciplina e instrucción de la tropa con las

maniobras de marchas y ejercicios de esgrima, para terminar con el *fuego graneado*, que era la delicia de los concurrentes.

De las siete de la noche en adelante se echaban globos de papel y cohetes, y se repetían las escenas de la noche anterior en los toldos y mesas de juego. En el teatro se representaba el drama de *Ricaurte, en San Mateo*, bellísima producción del distinguido actor español don Emilio Segura, precedido de un himno patriótico compuesto por alguno de los distinguidos profesores nacionales Joaquín Guarín o Julio Quevedo.

El 21 de julio empezaban las verdaderas fiestas con las bulliciosas corridas de toros, que era la meta perseguida por los que estaban ansiosos de divertirse. Desde las once de la mañana empezaban a llegar a la plaza grupos de señoritas vestidas de amazonas, seguidas de jóvenes montados en magníficos caballos. A la una se traían los toros en medio de un diluvio de jinetes de todos los tipos imaginables, precedidos de la gente de a pie que acudía ansiosa de tomar puesto en la barrera, sobre la cual se hallaban de antemano establecidos los muchachos de la ciudad.

Los tablados se veían atestados de espectadores, que dejaban traslucir el estado de excitación nerviosa que los dominaba por la realización de la pesadilla de las fiestas; el pueblo llenaba el cercado para poder recoger algo del dinero que regaban los de a caballo, lo mismo que del pan, pedazos de carne asada y chicha con que los alféreces los obsequiaban, pues durante los nueve días de toros era lo único con que contaba para alimentarse.

La llegada de los toros a la plaza daba idea de la confusión y algazara que debieron de tener lugar en la toma de Babilonia o en el saco de Roma; todos gritaban: «¡El toro!» La expansión, silbidos y gritería de los muchachos no tenía límites; de todas partes se lanzaban millares de cohetes, que reventaban sobre aquella compacta muchedumbre, quemando a muchos y apagando uno que otro ojo; los de a caballo corrían en distintas direcciones para salvarse de los toros, que recorrían atolondrados la arena y se resistían a entrar al toril; los de a pie formaban remolinos inextricables para defenderse de los toros, de los caballos y de los cohetes; pero lo natural era que se produjeran conflictos entre unos y otros, por las direcciones encontradas que tomaban de repente y que se resolvían en atropellones formidables, jinetes caídos y numerosos accidentes desgraciados, sin provecho de nadie y mal de muchos.

Por fin, después de gran brega, metían los bichos al toril y empezaba la distribución de ramilletes, vino y dulces a las señoras y *brandy* en gran

cantidad a los hombres; de ahí para adelante la cosa toma el aspecto más fantástico. Bebían muchos en una misma botella, haciendo gesticulaciones y pantomimas de locos; los de a caballo salían del recinto de la plaza para recorrer a escape, cual furibundo huracán, las calles de la ciudad, gritando y bebiendo como endemoniados. Las personas sensatas a caballo que conservaban su juicio en medio de aquella barahúnda, daban vueltas alrededor de la plaza para ver y ser vistos de los que estaban en el tablado. Enseguida se soltaba un toro que divirtiera y aporreara al pueblo, y los que no comían en los toldos se retiraban a sus casas a llenar tan imprescindible necesidad para volver a gozar de la corrida.

¡A las tres y media el aspecto de la plaza era comparable a un horno de caldear hierro al rojo blanco! No bajarían de veinte mil las personas reunidas allí para gozar, cada una a su modo, de la corrida de toros; las barreras se veían colmadas de hombres de diferentes clases sociales; en la arena se instalaban el pueblo y los cachacos aficionados a correr los riesgos y percances del toreo; en la primera fila de tablados, a la sombra, tomaba puesto la *créme de la créme* del sexo femenino, vestido con gran lujo y elegancia; y el lado que recibía el sol lo ocupaba el *demi monde*, que se complacía en dirigir ostentosos y comprometedores saludos a los currutacos –amigos de comer a un mismo tiempo en dos platos– que pasaban al alcance de aquellas redes peligrosas.

La sombra de la segunda fila era la que correspondía a las familias que, por su escasa fortuna, no podían hacer el gasto de localidad de primera clase, y al mismo tiempo tenían el buen juicio de ver las fiestas sin avergonzarse de que las vieran ocupando su verdadera posición; el lado contrario se destinaba para los forasteros, las botilleras y las revendedoras de la plaza de mercado, que se presentaban a gozar del espectáculo en unión de todo el personal de sus respectivas familias, entre el cual se contaban los desaliñados niños, que llevaban a divertirse con los padres; pero como esas gentes se instalaban de firme en los palcos, allí cumplían con el precepto de satisfacer las necesidades corporales inherentes a la especie, lo que solía producir una que otra gotera proveniente de ciertos líquidos o *alguna otra cosa peor*, que caía cadenciosamente sobre las elegantes damas que estaban debajo...

La tercera y última fila de palcos podía considerarse como el Arca de Noé, con la diferencia de que esta sirvió para salvar de seguro naufragio a la familia humana y a los animales, mientras que aquellos eran el común

receptáculo de los que no tenían de racionales sino la figura. En efecto, allí se veían parejas de animales de ambos sexos, como genuinos representantes de los vicios más brutales y degradantes, que hacían gala de hallarse en la asquerosa sima a que los había conducido el desenfreno de costumbres en todas sus variedades; ese era el sitio a propósito para tomar el dato estadístico de la gente perdida que existía en la ciudad particularmente entre las mujeres, incluso las sirvientas escapadas de las casas que, como ya lo hemos hecho notar, formaban la falange principal de las desgraciadas que arrastran los vicios, sin duda porque en nuestro pueblo es desconocido el sentimiento de la dignidad personal, especialmente en lo que se refiere a la pureza de costumbres.

Pero ese conjunto heterogéneo presentaba un golpe de vista deslumbrador, y los múltiples y brillantes colores que pululaban en aquel recinto le daban aspecto de un inmenso y animado ramillete.

La corrida empezaba por el *despejo*, ejecutado con maestría por alguno de los batallones del ejército, durante el cual se soltaban palomas encintadas y con flores se hacían figuras o letreros en el suelo; al toque de dispersión corrían los soldados del centro hacia la barrera en busca de refugio. Llegaba el momento de soltar el toro.

Todos los concurrentes guardaban silencio y quedaban en ansiosa expectativa; los toreadores, que eran apenas diestros ganaderos, vestidos con frac y calzón corto de percal, medias blancas y alpargatas, cubiertos con gorro frigio y de manera que cada pieza de tal atroz traje fuera de color distinto, se colocaban, uno detrás de otro, al frente del toril, con sus respectivos trapos para torear.

Cuatro formidables *orejones* montados en sillas *chocontanas*, en caballos de *vaquería*, con ruanas de Gasea, zamarros de cuero de res, aperos de rejo, enormes espuelas y sombrero alón, tiraban al toril sus rejos de enlazar para que les cogieran el toro que debía salir, dejándolo con *soltadera* a fin de que quedara libre cuando estuviera en la plaza. Abierta la puerta, salía un furioso toro hosco, *futeño o conejeruno*, enredado en los rejos que lo sujetaban y mugiendo de coraje; gran salva de aplausos y silbidos lo acogían en la plaza, cuya luz lo ofuscaba. Una vez libre el toro y repuesto de la sorpresa que le ocasionaba el atronador espectáculo que lo rodeaba, acometía a diestra y siniestra, derribando a unos, estrujando a otros, levantando en el aire como pelotas a los que podía tomar de frente; recorría la barrera y se llevaba enredado en las astas parte del vestido de los que

estaban a su alcance, revolvía repentinamente sobre los que le seguían para provocarlo, lo que producía remolino de seres humanos, que se atropellaban unos a otros, poseídos del pánico consiguiente a los que se ven perseguidos por una fiera y envueltos en alud inconsciente de carne y hueso, semejante a la lava de volcán que asfixia a quien le cae encima. Los estudiantes toreaban con el *capote*; el pueblo, con la ruana, y los cachacos, con el pañuelo; en su entusiasmo por divertirse, los últimos llegaban hasta quitarse la levita, para torear con ella, con lo cual quedaban en cuerpo de camisa y sombrero de copa alta. La aporreada de esos petimetres causaba gran hilaridad y regocijo, y si el toro derribaba a un hombre del pueblo, se oía en voz unísona: «¡Lo mató!».

Después de las primeras embestidas, tomaban las banderillas los toreadores e iban a brindarlas en los palcos en donde había jóvenes cortejando a las damas; el compromiso era ineludible, y aunque los galanes hacían heroicos esfuerzos para eclipsarse o zafarse del atolladero, los ojos de lince del banderillero eran más sutiles que aquellos; de allí debió originarse el dicho de *dar banderillazo*. Aceptado el inevitable embite, el toreador prendía la banderilla sobre cualquier parte del toro, si era que no se la clavaba él mismo en el muslo, por la manera imperfecta con que lo ejecutaba. Reventaban los truenos, brincaba el toro y, de rechazo, quedaba herido el bolsillo del forzado mecenas, que debía arrojar algún dinero en premio de la suerte ofrecida.

Si entre los toros había alguno que ofreciera probabilidades de especial agilidad y fuerza, se le dedicaba para que montara en él; al efecto, lo ataban en algún punto de la barrera, le ponían apretadísima cincha de lazos con simulacro de gurupera y una ruana sobre la cruz para que prestara apoyo al atrevido jinete, que era algún campesino más bruto que el animal sobre el cual iba a figurar. Se aseguraba enormes espuelas, se ataba el sucio pañuelo en la cabeza, sin duda para que no se le salieran los sesos que tuviera; se santiguaba tres veces, y, en cuerpo de desgreñada camisa y calzones de manta, montaba en el toro y se agarraba con pies y manos sobre el feroz animal. Al golpe de la música, que tocaba el bambuco, dejaban en libertad al toro, que partía dando repetidos corcovos en zigzag y sacudiendo al que lo montaba como si fuera un muñeco de trapo; cuando ya el animal estaba rendido con semejante fatiga se desmontaba el jinete, para subir en ancas de alguno de los caballos de los *orejones* presentes, con el objeto de pedir la *buena montada* a los espectadores que se hallaban en los palcos y recogía lo

que le echaban sobre la ruana; pero como iba seguido de numerosa corte, el real que se separaba de su destino no llegaba al suelo, por la avidez de quienes lo acompañaban. Esos eran los momentos escogidos para las disputas entre los que se empujaban y acosaban con el objeto de atrapar algo de lo que correspondía al infeliz amansador, cosa que terminaba en contiendas que se dirimían a puñetazos, añadiendo así una extradiversión a las anunciadas en los programas.

No faltaba uno que otro picador que se prestara a torear con garrocha. Aún recordamos al esforzado y valeroso negro Justo, llanero, que toreaba *montado en uno de los toreadores*, y que llevaba la temeridad hasta montarse en el toro con la cara hacia la cola del animal o sobre los cuernos.

Pero a veces solía el toro saltar la barrera y tomar el portante para su dehesa. Aquello producía una algarabía comparable a la desorganización de un ejército en plena derrota. Las mujeres lloraban a gritos; los rateros aprovechaban la ocasión para coger lo que podían en los toldos, cuyas venteras pedían socorro; los petardistas se salían sin pagar lo que estaban comiendo para ir a coger el toro; los que estaban inmediatos a la plaza corrían sin dirección determinada, gritando como insensatos: «¡Se salió el toro!». Los chiquillos se desgañitaban con los lloriqueos producidos por el susto; las puertas de las tiendas y habitaciones adyacentes se cerraban con estrépito, y en aquel *¡sálvese quien pueda!*, únicamente los que tenían entre manos asuntos relacionados con íntimos requiebros bendecían al toro que, con su intempestiva salida, les procuraba un rato de desquite contra los celos de presunta suegra o cosa parecida.

A las seis de la tarde terminaba la corrida, después de la cual se retiraban los espectadores, ponderando la bondad de los toros, según el número de hombres muertos o heridos en la diversión, que de seguro eran infelices artesanos, único apoyo de sus numerosas familias, que en lo sucesivo carecerían del pan diario que les procuraba el trabajo de estos.

Si las fiestas tenían lugar en la plazuela de San Victorino, se producían escenas por demás cómicas en la pila del centro, que era el lugar escogido por los aficionados a correr los peligros de quedarse dentro del cercado, porque el macizo de la fuente, que se levantaba sobre varias gradas, les servía de refugio en caso de conflicto. En alguna ocasión soltaron un magnífico toro sardo, que no parecía sino que comprendiera el provecho que podía sacar de la oportunidad que se le presentaba. Apenas vio la aglomeración de gente que lo provocaba hacia el centro acometió en

derechura; los perseguidos daban vueltas alrededor de la pila, y el toro los seguía; pero repentinamente revolvió y atacó a los que le acosaban por retaguardia, lo que le proporcionó abundante cosecha de trompadas y cornadas que no dejaron nada sano. Ante aquel inesperado ataque no quedó otro recurso a los perseguidos sino el de meterse dentro de la pila, que en esos momentos estaba llena del agua que en abundancia vertían ocho robustos chorros. Por breves instantes permaneció la fiera como si meditara otro plan de ataque, en vista de la nueva actitud de sus adversarios; pero de repente se lanzó hacia el brocal de la pila, tomó del agua que se derramaba y, sin más preámbulos, se metió dentro del recipiente y empezó a lanzar fuera de él a los que allí se creían seguros. Los cuitados salían empapados, brillantes por la reverberación de la luz del sol sobre los mojados vestidos; era de verse a los cachacos que salían con el sombrero negro de copa alta, literalmente chorreando agua, para correr desalados por salvarse de la inesperada catástrofe.

Pero como los males vienen siempre acompañados, la casualidad o la mala intención hizo que se incendiaran los centenares de cohetes que se guardaban sobre el cornisamiento de la fuente, de lo cual resultó nueva complicación para aquellos malaventurados que se veían atacados simultáneamente por el agua y el fuego, con el aditamento del toro.

El espectáculo de esas escenas produjo en los asistentes accesos de risa y aplausos estrepitosos incontenibles, en tales términos que, según se aseguró entonces, más de cuatro damas sufrieron análogo percance al de los que estaban dentro de la fuente.

Por epílogo de tan graciosa aventura quedó un lechuguino como zancudo, en forma de cruz de San Andrés, prendido del borde de la cornisa de la fuente, apoyado con la punta de los pies sobre los delgados biseles hacia el lado oriental, echando miradas de angustia al maldito toro, que lo contemplaba como con satisfacción, hasta que al fin se acercó, lo husmeó, lo hurgó por mala parte y, al fin, lo hizo caer de aquella feroz tribuna con aplauso universal.

Aún recordamos el percance que en la plaza de Bolívar ocurrió a cierto caballero acostumbrado a vivir en perenne estado de beodez. Se presentó dentro del cercado a tiempo que soltaban un furioso bicho, visto lo cual por nuestro protagonista se dirigió resueltamente hacia él, sin duda con la intención de entablar los impertinentes diálogos a que son inclinados los que están embrutecidos por el alcohol; pero el toro no debió de tener en

cuenta el estado de su interlocutor, porque le cayó encima sin darle tiempo para que advirtiera el peligro que corría; lo levantó en las astas, le hizo dar una voltereta en el aire, lo dejó caer a tierra y se llevó enredado en los cuernos los calzones y calzoncillos de la víctima, que quedó en medio del cercado únicamente con la levita y los botines. Las damas se cubrieron el rostro, sin tratar de contener las carcajadas que les produjo semejante exposición. Para reparar el escándalo ocurrido, no volvió a probar licor aquel caballero. ¡Cuánto diéramos porque con tan fácil medicina se volvieran temperantes los borrachos!



En el año de 1857 se exhibía en el antiguo local de la Cámara de Representantes un hermoso jaguar cazado en las selvas del Opón; el público se divertía arrojándole a la jaula gatos, perros y pollos vivos para que los despedazara. Al ver la afición de las gentes hacia tan repugnantes crueldades, resolvieron los señores Juan Manuel y Manuel Antonio Arrubla tomar la especulación por su cuenta, y al efecto construyeron, en el sitio que hoy ocupa la plaza de mercado, un circo formado de altas barras de hierro, rodeado a prudente distancia de tablados para que el público presenciara sin peligro la lucha del jaguar con los toros.

No correspondió el espectáculo a las esperanzas concebidas respecto de las atrocidades y emociones que debían producirse en aquel circo: el jaguar huía cobardemente ante el toro, que le provocaba a combate. Salió a la arena un macho cabrío y puso en vergonzosa fuga al temible señor de las montañas, que en cambio, se atrevió a estrangular al pacífico perro que le presentaron atado a un poste.

Aún duraban las fiestas cuando soltaron un toro de aquellos que acometen sin vacilar a todo lo que se les presenta. Acosado el jaguar, logró treparse sobre la verja y de allí salió al andén. Un grito de terror y de angustia, lanzado por más de quince mil espectadores, dominó los ámbitos de la plaza: «¡Se salió el tigre!», exclamaba cada cual; y el pánico, de suyo tan contagioso, se apoderó de aquella muchedumbre espantada, que huía en todas direcciones, gritando y llorando como insensatos. Hubo personas que se arrojaron al suelo desde el tercer piso de los palcos, entre ellas don Juan E. Zamarra y doña *Mongui* Carreño, que cayó a horcadas en el pescuezo de un hombre; otros rezaban el acto de contrición, creyendo llegada su última

hora, y los más se esparcieron por la ciudad y divulgaban la noticia de que el jaguar había devorado más de quinientas víctimas, la mayor parte niños, por ser estos su bocado predilecto.

Parece increíble, pero así sucedió. ¡Una ciudad de cuarenta mil habitantes se convirtió instantáneamente en tantas fortalezas cuantas eran las casas, en donde se abroquelaron los moradores para defenderse del inminente peligro de que se los comiera un tigre! En esa tarde memorable salieron a luz los antiguos arcabuces que aún quedaban, las enmohecidas lanzas y espadas de los progenitores, y hasta las cocineras se armaron con el cuchillo de mondar las papas o con los palos de escoba, para defenderse del enemigo común; eso sí, después de trancar bien la puerta de la calle.

Todos corrían inconscientemente, del centro hacia los extremos de la ciudad, apostrofando y maldiciendo de la hora en que había consentido la autoridad las fiestas del tigre; y no se crea que sólo los raizales eran los acometidos de tan tremendo miedo, porque recordamos a varios hijos de Albión que bufaban de terror y corrían sin poner los pies en el suelo hasta que llegaron a su casa, después de lo cual cerraron las puertas y ventanas para poder escribir sin peligro inmediato el libelo de reclamaciones contra el Gobierno, por el daño emergente, lucro cesante y otros perjuicios sufridos en las personas e intereses, con motivo del gran susto que, sin expresa voluntad ni consentimiento de su parte, se vieron obligados a soportar.

Pero el jaguar en lo que menos pensó fue en atacar a alguien; perseguido por los toreadores, se entró a una cantina, cuya patrona estuvo a punto de morir repentinamente por la sorpresa que le ocasionó tan inesperado parroquiano, que se escondió debajo del mostrador, y allí le disparó cinco tiros de revólver don Zenón Padilla. Muerto el tigre como manso cordero, se le colgó en la picota, en castigo del terror que había infundido.



También solían ofrecer los alféreces de las fiestas algunos juegos de destreza y agilidad para que el pueblo sacara algún provecho, al mismo tiempo que divirtiera al concurso por los chascos que se llevaba. Mencionaremos en primer lugar la *vara de premio*, que consistía en altísimo mástil untado de sebo y jabón, a cuyo extremo había una rueda llena de objetos de poco valor, pero apropiados para usos personales, amén de una

mochila con algún dinero. Por lo regular eran muchachos los que se atrevían a intentar la subida por tan estrecho cuanto resbaladizo camino, para lo cual se ataban cuerdas en los tobillos, a fin de que les sirvieran de apoyo en la rudísima fatiga de subir una cuarta para bajar un metro; si la fortuna les era propicia, tomaban de la rueda lo que podían y descendían como cohete apagado; pero si lograban atrapar todo el contenido, los esperaba el pueblo al pie de la vara para quitarles lo que hubiesen ganado a fuerza de sudores y audacia, sin que fuera capaz la Policía de impedir tan inicuo proceder, porque los rateros tenían la razón del mayor número.

La *balanza* consistía en un trozo de madera colocado en posición horizontal, de modo que, al frente de uno de los extremos, se clavaban postes, sobre los cuales se ponían varios objetos que podía tomar el afortunado que llegara a alcanzarlos; gran agilidad y destreza se necesitaba para recorrer la balanza sin caer en medio de general rechifla.

El *cilindro* era de madera con ejes de hierro, que giraba horizontalmente al menor impulso; quien lo recorriera tenía derecho a los premios situados al frente de tan movediza vereda; pero sucedía con frecuencia que a los primeros pasos se iban a tierra los postulantes, y de allí se levantaban empolvados con la cal que de antemano ponían para recibirlos.

Se apostaban carreras de hombres insaculados entre costales hasta el cuello: a una señal dada, emprendían a saltos recorriendo el trayecto convenido; pero como el piso era muy desigual, casi todos caían antes del término fijado, sin poderse levantar por la prisión que les oprimía. El pueblo les caía encima y no los soltaba hasta después de hacerles sufrir un *manteo* parecido al de Sancho.

Había otro juego cuyo recuerdo nos horripila: se llevaba a la plaza un cerdo bien embardunado con manteca y jabón, ofrecido en propiedad a quien lo tomara por la diminuta cola. No bien se soltaba el arisco animal, le caía encima la oleada humana ansiosa de poseer la codiciada presa; esta se defendía a dentelladas, pero pronto quedaba agobiada por el número; y como cada uno de los pretendientes se creía con derecho al animal, partían la diferencia descuartizándolo vivo. Cada cual cortaba el miembro que estaba a su alcance, en medio de los alaridos de la infeliz víctima y de las estentóreas carcajadas de los actores de aquel drama digno de salvajes; y para no ser inferiores en nada a estos, ¡se untaban unos a otros con la sangre de los miembros aún palpitantes que habían cortado!

Los alrededores de la plaza, que de hecho, y en virtud de las fiestas, habían pasado a la categoría de puerto de mar destinado a población flotante, presentaban aspecto bien difícil de describir, porque los arraigados *fiesteros* no salían del recinto que los atraía, y por fuerza debían dar allí desahogo a todos las urgentes necesidades anexas al género humano. Las sentinas de la antigua Roma, las cloacas de Londres y aun el puerto viejo de Marsella, de antigua reputación y fama en la materia, presentarían apenas pálido reflejo de la realidad de lo que pasaba en la plaza de la capital de Colombia.

Como la mayor parte de las cantinas estaban establecidas debajo de los palcos de primera fila, ocupados por nuestras más distinguidas damas, recibían estas el *baño de vapor* que despedían el humo de las cocinas, el vaho de las frituras de pescados y las emanaciones de los ajiacos, empanadas y tamales, todo lo cual, mezclado a exquisitas esencias con que aquellas iban perfumadas, producía olor semejante al de cadáveres en descomposición rociados con agua de Florida.

Al fin llegaba el último día de las fiestas, para concluir las cuales se exhibían fantásticas cuadrillas, ejecutadas por los jóvenes más apuestos de la ciudad, montados en briosos corceles, vestidos con trajes de pasadas edades y adiestrados en el manejo de las lanzas, paso del anillo, tiro de pistola y otras suertes adecuadas al espectáculo. En ese verdadero torneo, en que campeaba la elegancia de los cuadrilleros con su bizarría, recibían estos de nuestras bellísimas señoritas coronas y ramilletes encintados, como recompensa al buen éxito de las suertes que habían llevado a feliz término. No era mal visto que en esos momentos premiaran las damas al galán de su predilección.

Mas como si sólo se deseara dejar ominoso recuerdo de las fiestas, se dedicaba la última noche de ellas para divertirse con el *toro encandelillado*. Al efecto, se aseguraba en las astas del animal destinado a tan doloroso tormento una cornamenta postiza envuelta en estopa empapada con trementina, sebo y alquitrán, se encendía ese aparato y soltaban el animal para torearlo; al principio no pasaba de eso la diversión; pero a medida que la hoguera quemaba los cuernos del infeliz animal, empezaba este a mugir de dolor. Últimamente se le carbonizaban las astas, se le quemaba la cabeza y quedaba ciego, por los lamparones encendidos que le abrazaban los ojos; rendido de dolor y sin poderse mover se postraba en el suelo como

implorando piedad de sus crueles verdugos. ¡Así permanecía hasta el día siguiente, en que el dueño le hacía la caridad de matarlo!

Empezaba después de lo relatado la demolición de aquella especie de *aduar gitano* que había servido de escenario nueve días, y en donde se habían ejecutado los vicios más groseros, consumado la pérdida de muchas fortunas, la desorganización del servicio doméstico, el alarmante aumento de las desgraciadas entregadas a la mala vida y la invalidez o muerte de muchos hombres jóvenes y robustos a causa de tantos accidentes ocurridos durante las fiestas. Eso en cuanto dice relación con los resultados positivos, pues respecto a los negativos, citaremos solamente algunos, tales como la suspensión de las obras y deserción de los artesanos de los talleres, la pérdida de los hábitos de trabajo, la paralización de los negocios, el abandono del hogar doméstico, la desmoralización de las masas populares y, lo peor de todo, los malos ejemplos que habían escandalizado a millares de seres inocentes y cuyas consecuencias debían sentirse a su debido tiempo, porque no se ofende impunemente a la moral.

Pero como *no hay plazo que no se cumpla ni deuda que no se pague*, llegaba el tiempo de devolver a los usureros las cantidades de dinero que habían dado a préstamo, con altísimo interés, a los *fiesteros*; estos quedaban incapacitados no sólo para atender a las primeras necesidades de la vida, sino también para cumplir los compromisos contraídos con aquellos desalmados, que se echaban sin escrúpulo sobre las fincas que les habían hipotecado los imprudentes deudores. Por regla general, y excepción hecha de aquellos despiadados vampiros, todos quedaban renegando de las fiestas y de sus funestas consecuencias.